

contestar pensando en las palabras que aquel hombre habia pronunciado, como si no acabara de comprenderlas.

—¿No me contesta Vd. nada? repuso el inspector con calma, pues reconocia que era grave la contestacion.

—Sí, señor, la amo; respondió Julio con más tranquilidad y penetrándose de todo el sentido de la pregunta que se le habia hecho.

—¿Con que la ama Vd.? ¿Y cree Vd. amarla tanto como ella á Vd. le ama?

—Sí, señor; respondió de nuevo el jóven.

—Es decir, que si ella quisiera que Vd. fuese su esposo, Vd. desearia tambien que ella fuese esposa suya; exclamó Roberto, comprimiendo cierto furor que le dominaba al dar aquel paso.

Comprendia que era inclinar la frente ante Julio; ¡la primera vez que lo habia hecho en su vida ante nadie!

Por más que tratara de desfigurar la cuestion, el fondo al fin y al cabo era el mismo; entregar á Estrella á su seductor; por más que esto fuese en matrimonio, ya venia á ser como legalizar todo cuanto habia ocurrido; ya perdía, por decirlo así, Roberto cierto derecho de odiar á Julio; tenia que renunciar por lo tanto á vengarse, por lo menos de una manera tan completa como él hubiera querido; pero reprimia su propio ódio, porque ante todo, lo necesario era guardar las apariencias sociales; entre tanto la sociedad tenia derecho á señalarle con el dedo, á decir á su hija, á aquella hija que fué en otro tiempo su ilusion: «tú no tienes honra.»

¡Oh! Esta idea le volvia loco; así es que si podia conjurar aquella desgracia, ¿por qué no hacerlo?

El remedio era un mal, pero al fin y al cabo un mal más pequeño que la deshonra; era la humillacion, la justicia burlada, la autoridad pisoteada por un libertino.

Ya creyó Roberto que sus pasos debieran todos dirigirse á que una union legal de Julio y Estrella borrara la falta que habian cometido, y por de pronto quedaba todo arreglado.

Aquella llaga abierta por donde la sociedad podia herirle cerrariase entonces; de modo que esperó de los labios de Julio la respuesta como debe esperar un reo la sentencia que contra él va á fulminar un juez, ó su absolucion.

Julio contestó resuelto:

—Sí, estoy dispuesto á ser esposo suyo.

—¿Está Vd. seguro de lo que ha dicho?

—Sí, señor; estoy dispuesto á que Estrella sea mi mujer.

—Bueno.

Y sin más despedida que esta, Roberto volvió á coger la linterna sorda y salió de la habitacion, no sin haber lanzado antes una mirada significativa hácia Julio, mirada al mismo tiempo de desconfianza y de extrañeza.

Roberto desapareció.

Julio, en medio de la mayor ansiedad, sintió cómo el eco de sus pasos iba desvaneciéndose al descender por la pequeña escalera que conducia al portal; sintió el ruido de la puerta, el crujido de la cerradura, las pisadas en la calle del inspector y de su subalterno y algunas palabras cambiadas entre ambos.

CAPITULO III.

Nueva claridad que vislumbra Estrella.

Creemos que á nuestros lectores no les habrá sido difícil explicarse el motivo de que Roberto diera con su hija en el sotabanco de la plaza de Anton-Martin, creyendo encontrar allí á Emilia.

Nada tuvo de particular aquella variacion de inquilino. Emilia, últimamente, cuando ya estuvo bastante restablecida de su enfermedad, la que se prolongó bastante, y en la que Alfonso la auxilió todo cuanto pudo, supo que Roberto andaba rondando aquellas cercanías. No cabia duda, pues, de que la acechaba para caer de nuevo sobre ella.

Manifestó á Alfonso todo cuanto ocurría y no se pasó mucho tiempo cuando se trasladó á vivir lejos del barrio del Hospital, con objeto de librarse de las pesquisas de Roberto.

Coincidió con esta mudanza de domicilio de Emilia el apto de Estrella, llevado á cabo por Julio, y como quiera que Julio tuviese conocimiento de la mudanza de la joven costurera, sin preguntar con qué motivo Emilia se alejaba de la plaza de Anton-Martin, pues no sospechó nada, tomó el sotabanco que habia dejado aquella.

Estrella se fué á vivir allí; lo que pasó despues ya lo sabemos.

Un accidente empezó á preocupar á todos los jóvenes huéspedes de la casa de la *Verruga*; este accidente era la desaparicion de Julio.

Ninguno de ellos podia dar razon alguna de él; solo Eloy, que por más que no fuese huésped ya de doña Protasia seguía tratándose con sus antiguos compañeros, dió algun dato sobre lo que podia haber ocurrido.

Sabia que Julio al subir á la casa de *Cármen* habia armado un escándalo; sabia que la policia habia intervenido y que el inspector se habia llevado al joven consigo; por más que trataron de indagar si se hallaba preso no consiguieron averiguar nada; nadie sabia dar razon del hermano de Carolina. Temiendo estaban todos, sobre todo Alfonso, que era el íntimo amigo de Julio. por entonces, que su familia echara de ver la falta del joven y les pidieran cuentas; ellos no tenian nada que responder.

De varios modos trataron de sonsacar á Roberto dónde el joven se hallaba, qué habia hecho de él; pero Roberto les contestaba á todos:

—¡Vayan Vds. á preguntarlo al *Saladero*! ¡Allí les darán razon de él! ¡Allá fueron todos los presos de aquella noche!

Los temores de los jóvenes fueron aumentando, porque la cosa empezaba á presentar un carácter grave.

—No, pues algo le ha pasado, murmuraba Alfonso; aunque estuviese preso, de no estar sometido á incomunicacion ya nos hubiera escrito diciéndonos dónde se hallaba, ya tendríamos alguna noticia suya.

Por aquellos días tuvo lugar entre Roberto y Estrella el siguiente diálogo:

El inspector vivía con su hija en la puerta de Bilbao y la celaba tanto como siempre, ó mejor dicho, más que nunca.

—¡Estrella!

—¿Qué quiere Vd., padre?

—Vamos á ver; sobre tu honra y sobre la mía también, por supuesto, hay una mancha.

—¡Oh! padre, ¿á qué vuelve Vd. á recordármelo de nuevo? ¿Quiere Vd. renovar la herida de mi corazón?

—No trato de afligirte ahora; reprimo mi furor para ser práctico; ahora lo principal es borrar esa mancha; no hay más que un medio para ello.

—Dígale Vd.

—¿Crees que ese hombre que te sedujo te amará hoy como tú piensas que te amó en otro tiempo?

—Padre, ¡sí que lo creo! ¡Es más, lo juro!

—¡Mucho jurar es eso! Bueno; pues el modo de remediar el mal es el matrimonio. ¿Crees tú que Julio se casará contigo?

Estrella guardó silencio.

—¿No me decías que estabas dispuesta á jurarme que te amaba?

—Eso creo, padre.

—Pues si te ama no se negará á llamarte esposa suya; según tú me dices, el arrebatarte de la manera que lo hizo fué porque sabía mi oposición á que os casáseis, porque comprendía que sería inútil el pedirme tu mano. Si todo fué por eso, no tendrá ahora inconveniente en hacer lo que en tu opinión hubiera hecho entonces, en poseerte legalmente.

—No, no se opondrá; ¿á qué dudarle? Estoy segura que verá el cielo abierto Julio en cuanto Vd. le diga eso, en cuanto yo le hable y le manifieste que está Vd. dispuesto á no contrariar la pasión que el uno por el otro sentimos, á no oponerse á la realización de nuestro sueño.

—Bueno; pues para que no digas que soy inflexible, consentimiento en vuestra unión legal.

El inspector partió; Estrella quedó pensativa; no acababa de comprender el verdadero significado de aquellas palabras; no tenía la menor noticia de que Julio estaba en manos de su padre; todo por el contrario, creía que el joven se hallaría sin norte otra vez, buscándola por Madrid.

Perdióse su mente en dulces delirios, pensando en la dicha de ser esposa de Julio.

Pero ¿qué medio era aquel de que su padre iba á valerse? Resignóse á esperar qué era lo que aquello daba de sí.

De todos modos, comprendió que su suerte iba á variar, que otro nuevo horizonte se desplegaba ante sus ojos.

Una voz que gritaba desde su corazón le decía que iba á volver á ver á su amante, cuya ausencia comenzaba á sentir.

CAPITULO IV.

Donde Roberto casi llega á creer injusta á la justicia.

Recordarán nuestros lectores que en una de las cartas que Rafaela habia escrito á Emilia decíale que su marido estaba bastante ocupado y que por eso no le escribía, y que segun le habia oído decir, los asuntos que traía entre manos eran cosas que á Emilia le interesaban un poco.

Pues bien; es preciso que nosotros sepamos qué asuntos eran aquellos.

No fueron del todo muy buenas las noticias que tuvo el alcalde de Somorrostro de la señora Micaela, la vieja que D. Estéban tenia en su compañía y que tan en gracia le habia caído porque era tan hipócrita como él, de modo que hacían una magnífica pareja.

Dicha señora doña Micaela tenia una hermana, con la que sienpre habia estado muy compinche, que se llamaba Basilia, á la cual nosotros conocemos tambien; recuerden nuestros lectores á la mujer que tanto afligió á Emilia en su infancia y en su juventud.

La señora Basilia era más vieja que su hermana Micaela; tenia un defecto que en los hombres es feo siempre, y doble-

mente feo cuando de una mujer se trata; era bastante aficionada á la bebida. Entre lo blanco y lo tinto, preferia siempre lo tinto.

Como fuese aumentando en ella aquel vicio, en cuanto se vió libre á causa de la muerte del padre de Emilia, nada de cuanto tenia la bastaba para entregarse á su pasion favorita.

Basilia dominaba á Micaela; esta la temia; una de las cosas que influyeron para que ambas hermanas se separasen fué el genio de la mayor.

En cuanto dejaron de vivir juntas, como lo hicieron siempre en Castro-Urdiales, su pueblo, Basilia entró en casa del padre de Emilia y Micaela se fué del pueblo á servir; habia servido en Somorrostro, en Baracaldo, en Portugalete y en Santurce antes de ir con el *indiano del valle*.

A pesar de estar separadas, á lo mejor Basilia tenia una exigencia; por ejemplo, necesitaba un par de duros, y sin más razones que decir que le urgían, se los pedia á Micaela; como esta temia á su hermana mayor, no tenia más remedio que dárselos.

Desde que tuvo noticia Basilia de que su hermana habia entrado á servir á D. Estéban, cuya fama de rico habia llegado hasta aquel pueblo, empezó á pensar el medio para que Micaela pudiera sustraerle algo.

Es el caso que José María habia llegado á saber que Basilia habia pasado en Baracaldo dos ó tres noches con algun misterio y que las dos hermanas se habian visto; extrañóle aquello sobremanera, y como conociese algunos antecedentes de ambas, en seguida sospechó lo que habia en el asunto.

Naturalmente, habia tenido buen cuidado el alcalde de So-

morrosto de que Emilia le diera cuantos detalles fuesen necesarios sobre su permanencia en casa de D. Estéban aquella noche de tempestad en que á todo trance la pobre jóven buscaba un albergue para su hijo.

En fin, tales vueltas dió José María al negocio, tanto trabajó, tanto interés se tomó en él, que al poco tiempo ya no le cabia duda ninguna de que la señora Micaela habia sido quien sustrajo aquella onza de oro del lugar secreto donde encerraba D. Estéban su capital.

Con todas las pruebas suficientes, dió parte de ello al tribunal ordinario, é hilo por hilo fué desenredando la madeja.

Por más que parezca al que delinque que todo cuanto ha hecho está envuelto en el velo del misterio, con mucha frecuencia suele equivocarse; á lo mejor, donde ménos piensa queda un cabo suelto por donde se logra entrar en materia, y una vez dentro de ella, bien pronto se llega á saber el todo de la verdad.

Esto es lo que sucedió á Basilia y á Micaela en aquella ocasion.

D. Estéban, lleno de coraje, echó de su casa á aquella *hipócrita mujer*, como la llamaba irritado.

Uno de los datos que más influyeron para que José María esclareciera el hecho; fué lo poco que se cuidaron las dos hermanas, que concertaron el robo, de encubrir las apariencias al verse con media onza cada una, lo cual en aquel país y entre la clase de gente á que pertenecian era un gran capital para tenido de una vez; locas con tanto dinero, empezaron á comprar cuanto les hizo falta, y Basilia sobre todo á beber más que nunca.

José María habíase tomado en el asunto mayor interés

acaso que si lo hubiese hecho sobre algo que le tocara á él mismo; viajó á Castro, á Baracaldo, á Santurce, á todos aquellos sitios donde conocia que podrian darle algun dato, siquiera fuese indirecto.

Por supuesto, la acusacion de D. Estéban contra Emilia, que Roberto habia recibido en Bilbao, quedaba sin efecto con motivo del esclarecimiento de aquel misterio.

Cuando se le comunicó á Roberto el oficio dándole á conocer lo sucedido se desesperó; no concebía que podia ser justo nada que favoreciera á Emilia. A tal extremo habia llegado su obcecacion.

La señora Micaela trató de vengarse una vez que hubo cumplido su condena, que consistió solamente en seis meses de prision correccional; como no podia hacerlo de José María, porque con respecto á cuestiones de honra era invulnerable, lo hizo de D. Estéban, y empezó á decir que el capital del viejo era robado.

Entre la gente maligna que odiaba á D. Estéban circuló con insistencia el rumor.

Algunos que otros hablaban tambien con misterio sobre lo que fué de aquel hermano mayor con quien el indiano regresaba á su país desde Méjico.

La señora Micaela más de una vez habia notado la intranquilidad de su amo cuando en su casa estuvo, y con frecuencia se dijo:

—¡Aquí debe haber gato encerrado!

Sin atender á más razones ni averiguar más datos empezó á decir por todas partes que D. Estéban habia matado á su hermano mayor al volver de América y se habia hecho dueño de todo el dinero que aquel traía.

Los enemigos del indiano empezaron á sacar cada vez más partido de las palabras de la vieja; el caso es que creyóse prudente por el Juzgado tomar cartas en el asunto y la justicia empezó á trabajar.

Pero la verdad es que estaba enredada de tal manera la madeja del crimen que se imputaba á D. Estéban, que nada de verdad llegó á esclarecerse; por más que los tribunales trabajaron mucho no se hizo ninguna luz en aquel asunto.

Resultaba que el hermano del indiano del valle que habia fallecido en el golfo de Méjico murió de vómito negro y fué arrojado al Océano, como en estos casos se acostumbra; de modo que, naturalmente, cuanto al hermano mayor pertenecía correspondia de derecho á D. Estéban.

Además, de este último se sabia que por sí mismo habia hecho algun capitalito, aunque no muy grande.

Esto era todo lo que arrojaban las últimas averiguaciones; de modo que la causa quedó en tal estado.

CAPITULO V.

No se sale de una esclavitud sin entrar en otra; el problema de la vida consiste en hallar la más pequeña.

La suerte de Emilia varió por esta época, una vez que la acusacion que el inspector poseía habia quedado nua, una vez que nada tenia que temer de la justicia, pues era inocente.

D. Adrian, el de Castro-Urdiales, estaba pagado; D. Estéban, el indiano del valle de Baracaldo, nada tenia ya que ver con Emilia; descubierto cuanto habia sobre el robo de la onza de oro, llevado á cabo por Micaela, como hemos visto, podia levantar su frente libre y serena á la luz del dia; ya podia vivir en el sitio que más le agradara de Madrid y trabajar todo lo que pudiera sin temor de ser perseguida...

Ya podia mirar cara á cara á Roberto sin que este la infundiera recelos, por más que siempre le diera miedo el siniestro gesto de su semblante.

Se sintió con más fuerzas para resistir esta incesante lucha de la vida.

Empezó á trabajar en grande. ¡Qué felices eran para ella los dias en que tenia carta de Somorrostro dándole cuenta

de que su niño cada vez estaba mejor, más sonriente, más listo...! ¡el día en que Alfonso le repetía sus protestas de que la amaba como á ninguna mujer habia amado, el día que habia trabajado mucho y por lo tanto ganaba mucho!

Volvió á creer en la felicidad; vió que el amor de Alfonso era por completo desinteresado; la generosidad que distinguía al jóven en todos sus actos volvió á hacerla pensar en que la virtud existía en algunos corazones, cosa que casi habia llegado á dudar, en medio de ese excepticismo á que forzosamente tiene que resignarse aquel que no ve más que hipocresías y rencores.

En fin, todo su pasado se desvaneció en su mente como una columna de humo en los espacios, como un copo de espuma sobre la superficie de los mares. Aquello era, más bien que otra cosa, un renacimiento.

Entonces era cuando la primavera empezaba, pues aquellos rayos de felicidad que vislumbró en la primera juventud de su vida no fueron más que pasajeras auroras. Aquella época que pasó en Madrid con Teresa, viviendo juntas en el último piso de la calle de la Luna, aparecíase á su mente como el recuerdo de un sueño.

Ya se encontraba libre de toda persecucion, de toda miseria y de toda idea tenebrosa. Sin embargo, como en esta vida apenas sale el hombre de una esclavitud entra en otra, como la libertad dura lo que dura la dicha, es decir, un relámpago, á los cuidados que antes Emilia sentía siguieron otros nuevos cuidados.

Hasta entonces habian sido su pesadilla Roberto, la necesidad de ganar para el día, el porvenir triste de su hijo, el

agradecimiento que debía á los alcaldes de Somorrostro, á quienes no sabia cómo pagarles los beneficios que la habian hecho, la posibilidad de volver á gemir en una prision... en fin, todas aquellas cosas que la afligian y que podian causar su total ruina en un momento dado, cercábanla, la acosaban, la hacian víctima de un horrible martirio.

Peró al poco tiempo de contemplarse libre conoció que algo más que la libertad se necesita en la existencia; comprendió que Alfonso habia de encontrarse con grandes dificultades para seguir amándola, y ambos para ser felices el uno junto al otro; además la amargaba la idea de ser indigna para dar la mano á aquel hombre. ¡La sociedad habia abierto una sima entre uno y otro! ¡Hallábanse separados para no poder unirse nunca!

Empezó á pensar tambien en que su hijo iba creciendo, en que seria mayor cada vez, en que llegaria á convertirse en un hombre, y cuando le dijeran: «¿quién es tu padre?» él no sabia qué contestar; entonces los que viesen aquella vacilacion del jóven tornarian la mirada hácia la madre con un gesto de desprecio...

Pensó que todo esto seria cruel para Alfonso si se enlazaba á ella; y por otra parte, ¿cómo D. Adrian iba á permitir que su hijo llamara esposa suya á una mujer semejante?

Aquello no estaba puesto en el orden ante la sociedad; esta arrojaría de su seno á Alfonso; todas las personas formales que pensasen con algun juicio reprobarian la conducta del jóven si daba semejante paso; pues qué, ¿no era su padre rico? ¿No podría alcanzar la mano de alguna señorita del pueblo, que las hay muy lindas, y algunas de regular posicion? Siendo abogado, es decir, teniendo una carrera, y al

mismo tiempo cierto nombre que poco á poco se habia ido haciendo entre los escritores á costa de grandes trabajos y de largas vigiliias; uníase á estas circunstancias la de encontrarse el dia ménos pensado con un capital de veinte á treinta mil duros, que no bajaría de eso lo que tenia D. Adrian. ¿No era una locura que Alfonso hiciera una cosa así? ¡Tomar por esposa suya á Emilia! ¿Podía darse mayor calaverada? No.

Primeramente, Emilia era una mujer de oscuro origen; pues ya en el pueblo empezaba á hablarse, á causa de ciertas frases de la señora Basilia, de si era hija ó no era hija de aquel marinero con quien vivía en un principio; además, aquella mujer á quien se la habia visto sin zapatos por las calles y con los vestidos sucios y rotos, y durmiendo en una bodega, y pasando una enfermedad en el hospital, y habia estado presa, y habia habido nuevas acusaciones contra ella, (pues la sociedad pocas veces mira si una acusacion es fundada ó no, y siempre se deja llevar de la impresion primera); en fin, una infinidad de circunstancias agravantes reuníanse que harían de Alfonso el ludibrio de todos cuantos le conocían, y por añadidura tenia esa mujer un hijo, que ¡Dios sabe de quién era!

¡Oh! D. Adrian trabajaría en grande antes de permitir á su hijo tomar una resolucion tan grave, ó mejor dicho, estaba ya trabajando, pues comprendía que el asunto ganaba terreno.

Ya empezaba á ensayar D. Adrian cuantos medios pudieran conducir á arrancar de la córte á Alfonso.

—¡Dios mio! exclamaba el padre del poeta, ¡Dios mio! ¡Hasta qué extremo hemos llegado! ¡Ir á casarse con una mu-

jer que hace poco vino á pedirme prestados dos duros para hacerse un vestido! ¡Si estos jóvenes del dia...! A mí ese chico me va á matar; me va á volver loco. ¡Qué picardía! ¡Y que no ha de haber leyes que impidan esto! ¡Es claro! Por ahora podré conjurar la tormenta, pero ¡vaya Vd. á decirle una palabra el dia de mañana que cumpla veinticinco años! Esto es un desórden; esta época que corremos ha pervertido las costumbres; el hijo no debiera salir nunca del poder del padre.... ¿Pues qué, el dia que tiene un joven veinticinco años y una hora, ha de ser más hombre que el dia que tiene veinticinco años menos una hora? ¡Esto no tiene piés ni cabeza! ¡Oh! ¡Ya le compondré yo, ya le compondré! Pero ¡en cuanto sea mayor de edad se casará con ella! ¡Qué oprobio! ¡Y que podrá hacerlo entonces sin mi consentimiento!

—Amigo D. Adrian, debe Vd. mudar de sistema, le aconsejó un dia el maestro de escuela del pueblo; puesto que Vd. ve que con la táctica de la amenaza y con la del desprecio, que son las dos únicas que Vd. ha puesto en juego, no se sacan resultados, eche Vd. mano de otros recursos.

—¿Y qué recursos son los que están á mi alcance? dijo D. Adrian deseoso de que el maestro le diera alguno.

—Hombre, piense Vd.; Vd. conocerá las aficiones del chico. Si es gastadorcillo, tráigale Vd. aquí y déle algun dinero; haláguele Vd.; si piensa de una manera diferente á la de Vd., no haga caso; déjelo correr como cosas de joven; pero á todo trance tráigale aquí... En fin, ¡Vd. sabrá mejor que yo, puesto que no le conozco apenas! Le traté cuando estudió las primeras letras. ¡Habrà variado tanto!

—¡Ya lo creo que ha variado! exclamó D. Adrian. ¡Quién me lo habia de decir á mí!

—Tiró Vd. mucho de la cuerda y se rompió; eso es lo que sucede.

Entre tanto, el amor de Alfonso iba creciendo, y el de Emilia, á pesar suyo, iba aumentando tambien.

Acordóse la jóven alguna vez de aquel hombre que fué causa de su desgracia; jamás quiso pararse á pensar en él, porque la sangre se le subia á la cabeza y sus miembros se crispaban; sin embargo, era ya tiempo de dedicarle un recuerdo.

¿Qué seria de él? ¿Dónde andaria? No habia vuelto Emilia á encontrarle desde la época en que tuvo lugar su tremenda desgracia; porque él era el culpable de todo, la causa de cuanto habia sucedido. Al fin y al cabo, el hombre que la deshonoró no la conoció nunca; llevaba una llave comprada á costa de oro, ganada en un juego, y como ganó pudiera haber perdido; el más villano habia sido aquel á quien no importándole nada las consecuencias, expuso la honra de una mujer al azar, y tanto más horrible era aquel acto, cuanto que él debió quererla un poco algun dia; el infame habia sido el que se fingió amante suyo para luego venderla de tan inícuca manera; el hombre que subió á su habitacion la noche en que Emilia esperaba á aquel á quien queria, iba donde ella, como podia haber ido donde cualquiera otra. Sin embargo, como es natural, tambien le odiaba; le odiaba casi tanto como á Alberto... ¡A Alberto le odiaba mucho!

Pero pensar en semejantes cosas le hacia mucho daño, y hacia esfuerzos por libertarse de tan tristes ideas.

De modo que Emilia se encontraba mejor, pero no tanto como venturosa.

CAPITULO VI.

—

No dejó de ser oportuno el viaje de Heliodoro.

Emilia vivia por entonces en un cuartito tercero de la calle Mayor; tenia la habitacion de la jóven dos balcones que daban á la calle; hallábanse los dos llenos de flores y el sol mandaba allí sus rayos durante casi todo el dia; la jóven se colocaba junto á uno de ellos y trabajando esperaba á Alfonso.

Los momentos que este pasaba al lado de Emilia corrian presurosos para ambos; las horas se les hacian minutos, los minutos, segundos.

En cuanto á Alfonso, seguia tambien viviendo de una manera algo más desahogada; habia trabajado mucho el invierno aquel y habia ganado algo, pero nada más que para vivir regularmente; habia empezado á observar una vida algo retirada; ya no alternaba tanto con los amigos, pues absorbíale mucho tiempo la visita diaria que hacia á Emilia.

Sentian ambos un amor muy especial el uno para el otro; aleteaba en sus corazones esa pasion que busca el alma y no el cuerpo; apenas comprendian que les hiciera falta el mun-

do para amarse. Es decir, el más soñador de los dos era Alfonso; si Emilia muchas veces al hablar con este dejaba pintarse en su semblante la amargura, consistía aquello en que la joven era un poco más práctica que él en las cosas de la vida.

Siempre suelen ser más prácticas en eso las mujeres, aunque tengan menos edad; una mujer en las circunstancias de Emilia necesariamente habría de tener mucho más mundo que Alfonso.

Por más que varias veces este la preguntara en medio de sus conversaciones quién era el hombre que había echado sobre su honra aquella mancha, ella le contestaba:

—¿Y para qué quieres saberlo?

—¿Para qué? ¡Para arrancarle la vida! contestaba él.

—Alfonso, la muerte no es castigo.

—¡Oh! pero dímelo; ¡déjame siquiera que sácie mi furor!

—¿Y á qué te lo he de decir? No he vuelto á saber nada de él. No le encontrarás.

—Y en cuanto al hombre que tan villanamente te vendió, ¿no quieres que me vengue de él tampoco?

—No le he vuelto á ver, contestaba Emilia; también ha desaparecido de mis ojos; tal vez no esté en Madrid; desespero de encontrarle. ¡Ah! ¡pero si le hallara ya le echaría yo en cara la aflicción en que anegó mi alma!

—Dime su nombre al menos.

—¡Su nombre! ¿Y de qué te servirá saber su nombre?

Pasado algún tiempo ambos volvieron á hablar del mismo asunto; al fin ella estuvo entonces un poco más explícita; ya cuando Alfonso la preguntó:

—Pero ¿no quieres darme noticia ninguna? ¿No quieres

que adquiriera ninguna luz para dar con esos villanos que te han hecho desgraciada? ¡Oh! Siento vivos deseos de vengarme y de vengarte al mismo tiempo; habla, deja que lleve á cabo la venganza que ambiciono desde que he conocido la historia de tus desdichas.

Emilia le contestó aquel día:

—Solo te diré una cosa; tú conoces mucho á uno de ellos.

—¿Qué dices? ¿que le conozco mucho?

—Sí, y desde hace algún tiempo. La primera vez que te ví, fué con él.

—¿No me engañas? ¡Ah! ¡De seguro! Ya sé quién me dices; hoy mismo recorreré todo Madrid; yo le hallaré, sí; ¡es Heliodoro!

—No te he dicho tanto....

—Bastante me has dicho; ¡adios!

—¿Dónde vas, hombre?

—¡Adios! á vengarme y á vengarte. ¡Vive el cielo! ¡Que ha de ser siempre Heliodoro el obstáculo que he de encontrar en medio de mi camino! ¿Qué sino fatal le arroja delante de mí á todas horas?

Por más que Emilia trató de contenerle, nada logró.

Alfonso salió corriendo de allí, bajó ligero las escaleras y se perdió entre la multitud que se desparramaba por las calles en aquellos instantes. Era el anochecer.

Cuando Alfonso recorrió todos aquellos sitios donde podría encontrar al hombre á quien había odiado siempre, pero á quien desde entonces odiaba más que nunca, y cuando supo que se encontraba á muchas leguas de la corte, el furor que llenó su alma subió de punto.

—¡Y no poder vengarme! exclamó con desesperacion.

Explicóse al tener noticia de la infamia de aquel, la aversion que siempre le tuvo, el odio hácia él, que no pudo reprimir jamás.

Asaltó su imaginacion el recuerdo de aquel dia en que se batió con él, y exclamó:

—¡Oh! ¿Por qué no me arrancó la existencia ó le arrancó yo á él la suya? ¿Por qué hay en el mundo seres que parece que nacen para derramar la amargura en torno suyo? ¡Nunca le perdonaré esa infamia! ¿Perdonársela? No ¡El perdón se ha hecho para los hombres, no para los reptiles!

CAPITULO VII.

—

Un resto humano que no sabemos de quién será.

Por aquel tiempo vivia en una de las mejores fondas de la Puerta del Sol un doctor norte-americano, de quien los periódicos se ocuparon varias veces, llamado Renato Leblak.

Era un hombre excelente, por más que las personas que le tratasen, que ya eran bastantes, le hallaran un tanto excéntrico. Era sumamente simpático; cuantos le hablaban una vez reconocian en él en seguida una clara ilustracion y sobre todo un gran sentido práctico con respecto á las cosas de la vida.

Era un hombre sumamente estudioso; médico, como ya hemos dicho, amaba la ciencia por sí misma, de ninguna manera por los beneficios que le reportaba, y por cierto que estos eran grandes, pues tenia fama de gran facultativo para las enfermedades del pecho.

Habia viajado mucho; era natural de Filadelfia; habia vivido en Nueva-York, en Nueva-Orleans, en Lóndres, en Paris, en Viena, en San Petersburgo, y el invierno á que nos refe-

rimos hallábase en Madrid haciendo furor en la especialidad médica á que se dedicaba.

Tratábase con las principales familias; tenia amigos, unos hombres de ciencias, otros artistas, otros políticos, otros capitalistas, en casi todas las poblaciones de Europa y de América donde habia vivido; raro era el dia que se pasaba sin que escribiera un par de cartas al extranjero y recibiese tambien alguna de otra nacion.

Una cualidad distinguia á Leblak, cualidad que formaba casi por completo su simpatía; era esta la de no ser frio é indiferente á los dolores ajenos, á los sufrimientos de otras personas, como suelen serlo todos aquellos que se elevan entre la multitud, bien en nombre, bien en riquezas, bien en importancia: Leblak, todo por el contrario, cuando se trataba de algun fenómeno fisiológico ó patológico estudiaba la cuestion con entera frialdad; pocos obstáculos encontraba para ello su inteligencia, porque reunia á su claro talento un génio tenazmente analítico, y no muchos en aquel terreno podrian vencerle. Pero si daba la casualidad que entre sus clientes habia uno que sufria por otra cualquiera causa que no tuviera nada que ver con su enfermedad, tomábase doble interés por el paciente.

Más de una vez prestó grandes auxilios á personas que eran víctimas de la miseria, y ¡cuánto le satisfacía socorrer la indigencia! Cuando veia á un hambriento, á un menestero, á un miserable, á cualquiera que padeciese bajo una pena, ante todo le compadecía; pasaba un mal rato, pues era sumamente impresionable. Despues tenia una verdadera satisfaccion en enjugar las lágrimas que vertian aquellos desgraciados.

Tenia gran amistad con el embajador francés, á quien habia conocido en Paris antes de ser nombrado por el gobierno del imperio para el cargo diplomático que en la córte de España desempeñaba. Tanta era su amistad, que casi siempre se les veia á ambos juntos por la calle, del brazo; y como fuese que el diplomático no era de esos que parece que tratan de evitar el rozarse con la plebe, ibanse juntos al café de la Perla, leian algunos periódicos franceses, tomaban café, jugaban al ajedrez un rato y Leblak se volvía á su casa, donde á las tres y media daba consulta pública.

Citábanse siempre á la hora de salir ambos de su casa y era raro ver á cualquiera de ellos solo por las calles; su relacion era del todo íntima.

Reuníanse tambien por las noches en la embajada, donde Leblak solia concurrir.

En la consulta, á la que acudian numerosas personas, ocupaba el doctor toda la tarde, pues como era mucha la gente que iba á ella, y no siendo su génio á propósito para dejar de recibir á nadie, por muy tarde que se hiciese no cerraba la puerta de su despacho hasta que el último de cuantos habian acudido pudiera consultarle sobre la curacion de sus padecimientos.

No se circunscribia solo á las enfermedades del pecho; pero, ya lo hemos dicho, en ellas era en las que tenia mayores conocimientos.

Emilia algunas veces leyó en los periódicos el nombre del doctor Renato Leblak, y en seguida se acordó, no abrigó ninguna duda de que el tal Leblak no era otro que el norteamericano que la visitó en Somorrostro cuando fué llevada á casa de los alcaldes de aquel pueblo.

Apenas tuvo conocimiento del sitio donde Leblak vivía, cruzó por su imaginación la idea de ir á verle; más de una vez los consejos que aquel le había dado, tan diferentes á los que oyó de los labios de la marquesa del Suspiro, la infundieron valor para prolongar la lucha que venía sosteniendo contra la sociedad injusta, que en lugar de prestarle su mano para ayudarla á salir de sus desgracias, no hacía más que entorpecer sus pasos para que cayera al abismo.

Varias veces pensó en las palabras de consuelo que la dirigió el doctor y comprendió que debía ser de corazón noble y generoso, puesto que de semejante manera hablaba. Tal vez la experiencia que Leblak demostraba en las cosas del mundo y su clara penetración le dieran algún consejo útil para la práctica de la vida, para vencer los inconvenientes que aun encontraba á su paso.

Desde luego pensó en manifestarle la situación en que se hallaba, en la que ella al principio creyó ser venturosa, pero que poco á poco fué viendo que aun seguía siendo desesperada, por más que no lo fuera tanto como antes; de todos modos, ella debía ir á verle, puesto que sabía su casa y el doctor ignoraría donde ella se encontraba, pues de haberlo sabido la hubiese visitado también.

Así es que un día, después de haber salido Alfonso de visitarla, se arregló en un momento, y viendo que eran las tres y media se fué á ver á Leblak.

—Esta es la hora de la consulta, se dijo; de seguro que le encontraré; además, yo no estoy muy buena de salud; cierto es que ahora me encuentro mejor que cuando vivía en el barrio del Hospital y en el de la Universidad; pero de todos modos, no estoy bien; ¡he hecho una vida los primeros me-

ses de invierno! ¡Todo han sido privaciones, malas noches, malos días, enferma mucho tiempo y sin recursos, y en un mal cuarto, con las vidrieras rotas, en sitios mal cuidados, y luego, con la enfermedad que he tenido; siempre con este cansancio que á lo mejor me abruma, con esta amargura que siento en el fondo de mi pecho! ¡Oh! Lo que á mí me mató fué aquella época que pasé en Castro después que volví de mi primer viaje, ¡pidiendo limosna, durmiendo en las bodegas, yendo cubierta de harapos, teniendo que refugiarme en el hospital! ¡Ah! ¡No quiero acordarme de ello! Aquellas penas me hirieron de muerte; más daño me hizo el dolor que los elementos, que la lluvia, que el invierno. Yo debo verle de todas maneras al Sr. Leblak; mi mal se ha agravado; cualquier médico con quien consulte, ó me llevará mucho dinero ó me mirará con indiferencia si ve que no he de pagarle bien; de seguro que el doctor Leblak no me exige nada. Y aunque me lo exigiera, antes sería él que ningún otro; tengo más fé en su ciencia que en la de ninguno; ese hombre sabe mucho; ¡y luego esas maravillosas curas que dicen que está haciendo!

Pensando así llegó al hotel en que Renato Leblak vivía. Preguntó á los camareros por él, y la dirigieron hácia una salita que se hallaba al fin de un largo pasillo; en aquella salita, que era la de espera, había siete ú ocho personas aguardando que les tocara el turno para entrar en el gabinete del doctor. Tomó el puesto que le correspondía; había ido bastante tarde, y ninguna otra persona la siguió; quedóse la última hasta que le tocó entrar.

Una vez que la mampara se abrió y que el criado del médico dijo:

—¡Pase Vd., señora...!

Avanzó Emilia hácia la habitacion inmediata, y á los pocos minutos tropezó su vista con el doctor Renato Leblak.

Este, apenas la conoció, se acercó con rapidez hácia ella, y por primera vez, durante su estancia en Madrid, dijo al criado que estaba en la puerta estas palabras:

—A cualquiera que venga, que ya no recibo hoy; que mañana por la mañana tendré visita extraordinaria, y entonces podrá verme; ¡cierre Vd. esa puerta!

—¡Emilia!

—¡Señor Leblak!

—¡Vd. por mi casa! Siéntese Vd., señora. Algunas veces me he acordado de Vd.; ¿con que por Madrid? ¡Bueno, bueno! ¡Así me gusta! Aquí hay más horizonte que en un pueblo; pudiendo estar en una poblacion, no se debe vivir en una aldea. ¿Con que qué novedades hay? ¿Qué se le ocurre á Vd.? Sepamos, exclamó el doctor con alegría felicitándose porque Emilia hubiera dado aquel paso, y con alguna confianza, con objeto de inspirar franqueza á la recién llegada.

—¡Caballero! ¡Vd. acaso extrañe mi visita!

—¡Extrañarla! ¿Y por qué? ¿Qué quiere decir eso? Estando Vd. en Madrid y no sabiendo yo dónde podría verla, ¿no habia Vd. de procurar que nos encontrásemos? ¡Ah! Ahora comprendo; tiene Vd. razon; me extraño de su visita; lo natural era que me hubiese avisado dónde vivia, y yo hubiera pasado á visitarla; me ha convencido Vd.

—Sr. Leblak, no quiero decir eso; yo no tenia ningun derecho para llamarle á Vd. á mi casa; hubiera sido en mí una libertad reprehensible; primero, porque Vd. no tiene obligacion de interesarse por lo que á mí me pasa ni llevar un

mal rato oyendo la relacion de mis amarguras; y segundo, porque no creo puesto en razon que una jóven, una infeliz, una abandonada, ¡una miserable! digámoslo, como yo, llame á su casa sin más ni más, porque así se le antoja, á una persona de posicion y de edad. De todos modos, aun viniendo á su casa debo rogarle que me dispense por haberme tomado semejante libertad.

—¡Oh! Señora, no prosiga Vd.; Vd. es para mí una mujer tan digna de respeto como la que más; yo no soy de los que se dejan llevar por la corriente de la opinion del vulgo; cuando creo una cosa la sostengo siempre, y á mis ideas me ajusto. Desde que la ví simpaticé con Vd.; me ha parecido que se abriga en su pecho un corazon noble y generoso, que posee Vd. un alma honrada y que vale Vd. más que muchas de esas altas señoras cuyas virtudes se pregonan por el clarín de la fama.

Halagada Emilia con estas palabras, sintió por primera vez cierto orgullo, por más que no lo demostrase, y su mente se dirigió hácia la marquesa del Suspiro.

—Pero, en fin, prosiguió el doctor, dejémonos de palabras inútiles; creo que Vd. y yo nos comprendemos, Emilia; que nos sobreponemos á esa multitud infame que hasta en las cosas de más trascendencia se deja llevar por la última impresion; que Vd. ha sido engañada, seducida, vendida tal vez, y que aqui hay un delito, es cierto; pero que Vd. no es la culpable, no; ¡lo es el villano que lo ha cometido! En fin, vuelvo á repetirlo: dejémonos de esto. ¿Qué ha sido de Vd. desde que nos vimos en aquel pueblo cercano á Bilbao?

Emilia contó á grandes rasgos al doctor cuanto habia sido de ella desde entonces.

Largo rato duró su visita; en ella Leblak volvió á manifestar á la jóven que si de algo necesitaba acudiese á él; cuando le habló del padecimiento que habia contraído, el doctor dijo:

—No es nada; no tiene Vd. más que aprension; eso no vale la pena; ya se curará, ya se curará á medida que usted vaya serenándose. Por de pronto está Vd. libre, y nada tiene que temer de nadie. Madrid felizmente es la poblacion más ilustrada de España, y por lo tanto la más despreocupada en estas cosas que á Vd. la afligen; con que, ánimo, y todo se arreglará; yo iré á verla á Vd. de vez en cuando; no vuelva por aquí; ¿qué necesidad tiene Vd. de estar esperando confundida con los que vienen á la consulta? Vd., además de cliente, es amiga; amiga antes que nada. Estoy por completo á su disposicion, como caballero y como médico.

—¡Oh! ¡tanta bondad! exclamó Emilia; yo no quisiera estorbarle á Vd. en sus ocupaciones, hacerle que falte á sus deberes.

—Socorrer la desgracia es el primer deber que me he impuesto; no le digo á Vd. más, amable jóven.

Y al decir esto, Leblak fijó en el rostro de Emilia una mirada que á esta le chocó en extremo, pero que no acababa de explicarse.

Leblak quedóse un momento pensativo; miraba de hito en hito á Emilia con cierta intencion.

Esta tal vez comprendió mal aquel modo de mirarla que tenia Leblak; el caso es que cuando salió de su casa lo hizo decidida á no volver por la del doctor, y hasta dudó si cuando este fuera á verla debia ella recibirle.

En cuanto Emilia hubo salido de ver al doctor, este se

quedó pensativo sentado en su sillón delante de una mesa que en el gabinete tenia, cubierta por completo de libros, unos en francés, otros en inglés, otros en alemán, todos revueltos en un encantador desórden. ¡Quién sabe hácia dónde voló su mente! El caso es que se dirigió en seguida hácia uno de los armarios que en su habitacion tenia, le abrió y sacó de él una calavera, la colocó encima de la mesa, volvió á sentarse del mismo modo que antes lo estaba y se quedó contemplando aquel resto humano cara á cara.

En esto, oyó ruido de gritos y tropel de gente por las ventanas de su despacho que daban al patio. Parecióle oír tambien la voz de Emilia.

Entonces se puso de pié, abrió una de las vidrieras y fijó más su atencion. En la escalera habia ocurrido algo, en lo que estaba mezclada la jóven que acababa de salir de visitarle.

Tal como estaba corrió hácia la puerta, la abrió y bajó con ligereza.

CAPITULO VIII.

La insolencia no respeta nada.

En los primeros tramos, cerca ya del portal, tenia lugar una escena rara.

Háblele salido al paso á Emilia una vieja, diciéndola:

—¡Hola! ¡hola! Señorita, ¡quién lo habia de decir, amiga mia! ¡parece Vd. una princesa con esos *ringo rangos*! ¡Vaya! ¡vaya! ¡Estará Vd. orgullosa con tantos *pelendengues* como se ha puesto! ¿Quién la habia de conocer? ¿Quién habia de decir que era la hija de un marinero? ¡Nada; nada! ¡La marquesa del Remo! ¡Pero si al fin y al cabo fuera hija suya! Mas, ¡ni aun eso! Vamos á ver, perdida, mala pécora, ¿me has olvidado? ¿No te acuerdas quién soy yo? Es muy posible que digas que no me conoces; ¡cómo te he hecho yo tantas veces barrer la casa y te he azotado la cara con mi zapatilla, es muy posible que ahora salgas diciendo que no me has conocido nunca! ¡Pues digo, la gestera! ¡Y hace que se conmueve! ¡Quién lo habia de decir, que se la iba á encontrar una de este modo! ¡Si parece una reina, lo que menos! ¡Y qué me gusta el cambio! ¡Cómo varían los tiempos! Oye, arras-

trada, ¿vas á decir que no sabes quién soy? Estoy deseando oirlo de tus labios para darte la bofetada del siglo.

—¡Por Dios! Señora Basilia, ¿qué es lo que Vd. dice? ¿A qué viene eso? ¿Por qué me llama arrastrada? ¿Por qué me insulta? ¿Qué es lo que la he hecho yo? No tiene Vd. razon para tratarme de este modo; ¿qué es lo que quiere Vd. hacer de mí?

—¿Con eso sales ahora? ¿Qué es lo que quiero hacer de tí? ¡Llévate conmigo! ¡Bien me desprecias ahora que puedes vivir por tu cuenta y riesgo; pero en otra época ya sabias arrimarte á la que te vestia y á la que te calzaba, á la que te daba más mimo que se puede dar á nadie. Amiga, hoy, como una no vale de nada, se la arroja lejos como un zapato viejo que para nada sirve. ¿Eso has pensado hacer? Pues estás en un error; tú estás obligada á mantenerme y á vivir conmigo en pago de los cuidados, de los disgustos que contigo se tuvieron cuando eras niña. Pues que, ¿no hay más que volar, no hay más que dejarse llevar del egoismo y hacer lo que uno quiera? ¡En eso estoy pensando, hija mia! Ahora soy vieja; en otro tiempo me tocó trabajar, ahora me toca darme buena vida; tú tienes *parnés* y salud para ganarlos y edad para resistir el trabajo; yo no tengo nada de eso; con que aplica el cuento; no te digo nada más; á eso vengo, hija, ¡que estarás nadando en millones! Cualquiera* diria que eras una mujer de pró y ya sabemos lo que tú eres; ¡buena pieza estás! Y lo digo alto delante de toda esta gente que me está oyendo para que se enteren. No me gustan hipocresías; por más que sea tia tuya no estoy obligada á cubrir tus faltas; y al fin y al cabo, ¿quién eres tú? Una mujer como otra cualquiera; es decir, ménos que otra cualquiera; ¡como si no lo

supiéramos todo! De alguna parte saldrán las misas, que no te dará para tanto el dedal y la aguja.

En efecto, como aquella vieja decia, habíanse reunido alrededor de las dos interlocutoras un sin número de vecinos; acudieron á los gritos, como es natural, casi todos los criados de la vecindad y algunas gentes de la fonda.

La pobre jóven estaba aturdida; creyó perder el sentido en cuanto reconoció una vez con calma la situacion en que se encontraba; ser objeto de tales insultos, de tales exclamaciones delante de una turba soez que visiblemente se ponía de parte de la vieja... ¡Qué martirio para la pobre Emilia!

Aquel ruido fué el que Leblak oyó. Al punto de la conversacion en que hemos dejado á ambas llegaban estas, cuando Leblak se presentó en el lugar del suceso.

Una vez que se enteró de cuanto ocurría y cuando la vieja exclamaba:

—¡Con que, hija mia, no tienes más remedio, ya que te he echado la vista encima! ¡Ahora llévame á tu casa, dame de cenar pronto esta noche porque he comido poco y muy temprano, y lo demás es cuento! Anda lista ó te llevo de una oreja; ó si no doy parte al gobernador ¡y peor para tí! Tú tienes rabo de pajas y naturalmente tratarás de qué no se te quemé. Las cosas se hacen pronto, en un abrir y cerrar de ojos; ¡ea! ¡andando! ¡alguna obligacion habias de tener tú!

El doctor agarró de un brazo á la tia Basilia, que le dirigió una mirada de basilisco, una de esas miradas que solo las viejas pueden lanzar, una mirada de esas que verdean y arrojan veneno.

—¡Tenga Vd. la bondad de irse inmediatamente de aquí y dejar en paz á esta jóven! Vd. es una infame; ¡ay de us-

ted si vuelve á chillar, que ya sabré lo que hacer! Y á Vds., señores, aquí nada se les ha perdido; veo que se ponen de parte de esa bribona y es porque no están enterados de lo que pasa; esta jóven es mujer honrada, que vive de su trabajo, y no tengo más que decirles.

—¡Honrada! exclamó la vieja con ironía y lanzando una carcajada poco despues.

—¡Ay de Vd. si la calumnia, que ha de pagar su delito! Mire Vd. que si tomo el asunto con empeño le va á costar á Vd. caro; ¡aléjese en seguida!

—Si es una perdida; si es hija de un marinero, y nada mas; ¡quién cree Vd. que es? Como anda tan remilgada parece otra cosa; y á lo ménos, si fuera hija de un marinero, menos mal; pero ¡quíá! ¡no hay de qué! ¡Es hija de nadie! ¡Por buena la abandonan y se la entregan á cualquiera!

Emilia, en aquel instante en que la vieja hizo asomar á sus labios la terrible ironía, quedó desmayada; hubiera caido al suelo y recibido tal vez un golpe mortal, si no hubiera sido porque Leblak vió á tiempo lo que sucedía y corrió en auxilio de la jóven.

Entre él y otros dos de los vecinos subieron á esta al gabinete donde poco antes habia tenido lugar la visita que ya hemos visto.

Basilia se fué murmurando entre la gente:

—¡Miren el caballero, venir á tomar cartas en el asunto! ¡Quién le habrá dado vela para este entierro? ¡Qué tendrá que ver con nosotras? No, pues esto no ha de quedar así; yo se lo juro á él y á ella; ¡pues á buena parte vienen! ¡Y que la moza se deja llevar de la gente! ¡En eso pienso! A cada uno le llega su San Martin; algo tendrá que ver con ella cuando

se mete donde no le llaman; ¡y que la cosa no va á tener cola, que digamos!

Leblak, una vez en su gabinete con Emilia desmayada, acercóle á oler una esencia que sacó de uno de los armarios.

Al poco tiempo la jóven recobraba el sentido y murmuraba al abrir los ojos:

—¡Ah, señor Leblak! ¿Es Vd.?

CAPITULO IX.

Donde una pregunta del doctor causa miedo á Emilia.

Durante todo el tiempo que Emilia permaneció en el desmayo, una idea empezó á atormentar al doctor; venia á su mente un recuerdo.

En seguida voló su imaginacion hácia aquel instante en que se encontró en Somorrostro con la jóven, creyendo haberla visto en algun sitio, reconociendo de alguna cosa su semblante.

Las últimas palabras de la tia Basilia habíanle vuelto á conducir á las dudas que en Somorrostro le asaltaron y que se desvanecieron á causa de las contestaciones categóricas que la jóven le dió sobre el país de su nacimiento.

—Yo soy, Emilia; no tenga Vd. ningun cuidado, todo pasó ya.

—¿Se ha ido esa mujer?

—¿Quién? preguntó el doctor.

—La tia Basilia; esa vieja cruel, que quiere volver á martirizarme.

—Sí, Emilia; se ha ido ya, no la tema Vd.; yo le juro que no volverá á molestarla.

—¡Ah! Señor Leblak, no confío mucho; esa mujer se ha empeñado en hacerme desgraciada; gran parte de mis desventuras, ¿pero por qué digo gran parte? todas ellas se las debo á la tia Basilia. Ya ha visto Vd. cómo me ha tratado delante de la gente, cómo me ha llenado de vergüenza cuando ménos lo esperaba yo. ¿Cómo ha venido á Madrid? ¿Qué misterio es este? ¿Cómo ha dado conmigo? ¡Esa infame me ha seguido los pasos!

—Vuelvo á decirla á Vd., Emilia, que no la conviene acordarse de lo que ha pasado; distráigase, no piense más en ello; vuelvo á prometerla formalmente que nada podrá hacer contra Vd. esa vieja.

—¡Ay! No la conoce Vd. muy bien; es tenaz como ella sola; una vez que ha dado con mi huella, no será tan fácil hacérsela perder; no me dejará en paz, me seguirá á todas partes, me insultará, y al fin y al cabo, como es tia mia, y yo soy sola en el mundo desde que se murió mi padre, tendré que obedecerla, ¿no es verdad, doctor? ¿Me obligará el juez á vivir con ella? ¿Qué opina Vd.?

—Que no la obligará, yo se lo aseguro; y además, de todo cuanto suceda, Vd. no debe preocuparse; yo la prometo tomar cartas en este asunto y librarla de toda persecucion.

Habíase levantado ante la vista de Leblak un velo, un velo que habia estado ocultándole todo el misterio de la vida de aquella jóven.

En seguida comprendió todo lo que habia; las palabras de la tia Basilia habian llevado á su alma el conocimiento de que ella era sabedora de un secreto que á él le convenia averiguar.

—¿Con que dice Vd.? exclamó el doctor volviendo la mi-

rada hácia Emilia despues de haber estado abstraído en una profunda reflexion, ¿con que dice Vd. que su padre ha muerto?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho?

—¡Ay! Hace ya bastantes años. ¡Cuánto me queria! Era todo lo que se llama un buen padre.

—¿Y Vd. nació...?

—En Castro-Urdiales, señor.

—¿Con que en Castro-Urdiales? murmuró despacio Leblak; Castro-Urdiales es un puerto de la costa de Cantábría, puerto de refugio de los más concurridos que por aquel país pueden encontrarse cuando la galerna sopla allí, lo cual suele suceder con frecuencia; los inviernos se ven á menudo en la dársena treinta y hasta cuarenta embarcaciones; entre ellas las hay francesas, norueguesas, dinamarquesas, españolas y americanas...

Todas estas palabras que Leblak murmuró lo hizo tan débilmente, que con dificultad la jóven hubiera podido entenderlas; sin embargo, Leblak las pronunciaba sin darse cuenta de lo que hacia.

—¿Y no ha conocido Vd. á su madre? volvió á interrogar el doctor.

Emilia, á quien ya le iban chocando las preguntas que el norte-americano le hacia, contestó con resolucion:

—No, no la he conocido; segun tengo entendido murió muy pocos dias despues de haber nacido yo. Ya sé, ó por lo ménos supongo, cuál es el motivo por que me pregunta usted estas cosas; sin duda será por que le ha extrañado lo que la tia Basilia ha dicho de mí; de que yo no soy hija de quien

creo que es mi padre, sino que aquel hombre me recogió al verme abandonada; lo ha oído Vd., ¿no es verdad?

—Sí, murmuró Leblak fijando en Emilia una mirada escudriñadora.

—Pues bien; no haga Vd. caso, señor doctor; todo eso no es más que una invención; no perdona esa mujer medio para afligirme; ahora inventa eso para hacerme más despreciable á los ojos de las gentes. No puede Vd. figurarse lo mala que es, no la haga Vd. caso.

—¿De modo que Vd. cree que no hay ningún misterio en su vida?

—Ninguno, señor Leblak, ninguno.

—Sin embargo, Vd. está interesada en que esa vieja recibiera una lección haciéndola ver que sus palabras son una calumnia, y una vez que se le pruebe que lo son, como no lo dudo, puesto que Vd. me lo asegura, entonces déjeme usted á mí, que ya la cargaremos la mano y haremos que sienta la acción de la justicia. Pagará su delito, confíe Vd. en ello; ya vé Vd. que eso la perjudica; en fin, todas estas cuestiones tenemos que tratarlas; en todo cuanto á Vd. la ocurra, ya la he dicho, disponga Vd. de mí con completa libertad. No se ande con cumplimientos ni melindres; si yo me ofrezco á usted, lo hago con entera buena fé; no soy de esos cuyas obras no corresponden á sus palabras; á mí me verá Vd. con frecuencia serio, adusto tal vez; pero jamás falso; nunca me veo en la necesidad de desdecirme en una sola palabra pronunciada ni en la de retroceder un paso en la senda emprendida, porque medito mucho lo que hago antes de echar á andar por un camino. Serénele Vd.; yo la acompañaré hasta su casa; ya no tardará en anochechar; esperemos un poco y así

está Vd. libre de que esa mujer pueda salirle al paso; si así lo hiciera, ¡vive Dios que me alegraría! ¡Vería Vd. cómo la contestábamos!

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, señor Leblak! Yo no soy digna de este interés que se está Vd. tomando por mí; Vd. tendrá ocupaciones, y naturalmente, yo habré venido á distraerle con mi visita; ¡cuánto lo sentiría! Con que, déjeme, no quiero que le distraigan mis cosas, no soy digna de ello; yo me iré sola á casa, no tiene Vd. que molestarse en acompañarme. ¡Vaya, que no me gustaría que Vd. creyera que era despego! Lo digo por no incomodarle únicamente.

—La he dicho á Vd. antes, Emilia, que todo cuanto hago por Vd., y no solo por Vd., sino por cualquier desgraciado que me interese, es un deber mío que hace algún tiempo me impuse, deber cuya historia le contaré á Vd. bien pronto. ¿Ve Vd. esta calavera? añadió el doctor después de una pequeña pausa indicando con su dedo índice la que estaba encima de la mesa.

—Sí, señor; ¡qué miedo! ¿Para qué tiene Vd. eso ahí?

—¿Que para qué lo tengo? Si no me equivoco, Emilia, algún día le interesará á Vd. esta calavera tanto como hoy me interesa á mí ó acaso más; es muy posible que se acuerde Vd. de ella con frecuencia; no quiero decir más por ahora. Voy á acompañarla á Vd.

—¡No comprendo...! exclamó Emilia sin poderse contener y movida por la más grande curiosidad.

—Cójase Vd. de mi brazo; exclamó Leblak después que se hubo preparado con ligereza para salir á la calle y cogiendo su bastón que tenía en una de las esquinas de la sala.

Pocos minutos después el norte-americano y Emilia baja-

ban del brazo la escalera; apenas llegaron al portal, la joven dijo á su acompañante con inquietud:

—¡Señor doctor! ¡Señor doctor! ¡Lo que yo dije! ¿No lo vé Vd.? ¡Ahí está otra vez esa maldita vieja!

—No haga Vd. caso; cálmese Vd.; no tenga cuidado ninguno. ¿Dónde está?

—¡Allí! ¡Allí! ¿No la ve Vd.? Asoma de vez en cuando la cabeza por detrás de aquel coche.

—Bueno, ¡pues la llamaremos!

Y Leblak llamó con la mano á la tia Basilia, á la que ya habia visto.

—Pero ¿qué es lo que hace Vd.? Llamarla; ¿con qué objeto...? Señor Leblak, ¿qué es eso? ¡Que va á insultarme de nuevo!

—Cálmese Vd., Emilia.

—Vamos á ver, tio franchute, ¿para qué me llama? dijo la tia Basilia un tanto recelosa mostrándose ya del todo al doctor.

—¡Tenga Vd. la bondad de acercarse! dijo Leblak de modo que la vieja pudiera oirlo, pero sin decidirse á salir del portal, pues aquella mujer desvergonzada era muy posible que levantara el grito para comprometer á Emilia otra vez ante la gente.

—¿Que vaya? ¿Y qué es lo que va hacerme? ¡Del brazo de la señorita! ¡Pues no digo nada! ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Cuando decia yo que habia gato encerrado!

—¿Tiene Vd. la bondad de acercarse ó no? ¡Mire Vd. que le interesa mucho! Emilia accede á todo lo que usted quiere.

Daba la casualidad de que no eran muchas las personas

que por aquella acera transitaban en el instante en que tenia lugar esta escena, así es que Leblak estaba inquieto mientras la vieja se resistia á acercarse á él; pues como tuvieran ambos que levantar la voz para entenderse, la gente que empezaba á pasar se apercibiria en seguida de las exclamaciones de la tia Basilia.

Por fin, al oir la vieja las últimas palabras de Leblak, acercóse á él con aire insolente, y mirando á Emilia con un marcado gesto de odio:

—¡Vamos á ver! Ya estoy aquí; ¿qué es lo que me quiere? Vd. debe ser franchute, ¿no es verdad? Tiene Vd. trazas de ello; por cierto que no le cae muy bien ese sombrero de copa alta blanco; ¡al diablo se le ocurre! ¡Llevar sombrero blanco en invierno...!

—Tenga Vd. la bondad de callarse, señora. Emilia va á darle á Vd. todo cuanto le haga falta para vivir.

—¿Puede creerse ó no? dijo la tia Basilia, cuyo gesto se habia ablandado un poco y empezando á tener confianza en que cumpliria la joven lo que Leblak acababa de asegurar. ¡Pues no tiene mala suerte la *doña gestos!* ¡Tiene quien la saque de apuros! En fin, Vds. allá se las hayan. Por supuesto que eso saldrá de su bolsillo de Vd.; ¡no es Vd. mal tonto! Si ella quisiera ya tenia para mantenerme con lo que gana y ann le sobraba; ¡si es una ingrata! Pero, en fin, en el tomar no hay engaño, como dice el refran; si Vd. me lo da, ya sabrá por qué. Con que, ¿se puede creer?

—Sí, señora, tome Vd. por de pronto una onza, dijo el doctor sacándola del bolsillo de su chaleco y poniéndola en la mano de la tia Basilia, que ya con entera confianza habia entrado en el portal al ver relucir la moneda.

—Cuando á Vd. se le acabe, añadió el médico, vuelva usted aquí á buscarme y le daré más; todo esto lo hace Emilia, téngalo Vd. entendido. Pregunte Vd., cuando venga por dinero, por el médico americano que vive en el piso segundo y que tiene consulta por las tardes.

—¡Supongo que será buena! dijo la vieja dando vueltas á la moneda con una mano en la palma de la otra; parece que tiene peluca; no ¡pues de estas no suele haberlas falsas! ¡No tiene malas narices este señor rey que está aquí retratado! ¿En qué consistirá que casi todos los reyes de España han tenido las narices muy grandes? En eso debe haber algun *intrínquilis*, ¿no es verdad? En fin, ya volveré; porque esto me corresponde; de algun modo se han de pagar los cuidados de la niñez; ¡y que no tuvo pocas exigencias esta niña! ¡Salió más relamida! ¡Dios mio! ¡Si parecia que no se la podía tocar! Pero ¡calla, lengua! Señorita Emilia, puede usted perdonar las cosas que he dicho; pero por lo que veo, no me niega Vd. que tenia razon en decírselas. Vaya, ¡dios! Y ustedes se las gobiernen, que á mí maldito lo que se me importa; pero que corra el *cunquibus*, porque si no, ¡válgame Dios las cosas que yo puedo decir! ¡Y que tengo un secreto! ¡Ese sí que es secreto! Ya lo sabe ella.

—Señor Leblak, decia Emilia por lo bajo al doctor y sin comprender lo que su actitud significaba: ¿qué es lo que hace usted?

—¡Parece que le *gruñe* esa mosquita muerta! ¡De seguro que le dice á Vd. que me da mucho!

—Todo por el contrario, contestó Leblak á la vieja; me está diciendo que vuelva Vd. mañana y le daré más dinero, que tiene intencion de que Vd. lo pase perfectamente.

—¿Es de veras? interrogó la vieja con viveza.

—Tan de veras, que puede Vd. venir.

—¡Vaya si vendré! ¡Pues vendré, si señor! ¡Mañana por la tarde me tiene Vd. aquí! ¿Con que me ha dicho Vd. que pregunte por un actor americano?

—No, actor no; doctor.

—¡Ah! Eso es; no me sonaba bien actor.

—Ó médico, si Vd. quiere; no falte Vd. mañana.

—¡Vaya qué empeño! ¡Cualquiera que lo oyera diria que era yo la que le iba á dar dinero á él! murmuró la vieja.

Poco despues la tia Basilia se alejaba por un lado, es decir, hácia el Buen Suceso, y Leblak y la jóven por el otro, es decir, hácia la calle Mayor, donde vivia esta última.

CAPITULO X.

Mil duros por enterarse de los desastres del bergantín
«San Francisco.»

Apenas almorzó Leblak al día siguiente, ya estaba inquieto, lleno de impaciencia, esperando á la tía Basilia.

La noche anterior no había pegado los ojos; verdad es que se acostó muy tarde, serían ya cerca de las cuatro de la mañana, y antes que amaneciera ya había vuelto á ponerse otra vez en pié.

Tenia efecto una gran lucha interior allá en su alma; todos sus compañeros reconocieron, á pesar de las huellas de agitacion y de insomnio que había en su semblante, que el norte-americano se hallaba poseído de cierta alegría, pero alegría mezclada de preocupacion, no de expansion; ni una sola palabra habíales comunicado á sus amigos de cuál era la causa del humor que tenia.

Salió por la mañana á hacer algunas diligencias precisas.

Durante el desayuno y el almuerzo estuvo decidior como nunca, y de reservado que por carácter solia ser, habíase convertido en un charlatan que hablaba *hasta por los codos*, segun la expresion de alguno de sus colegas.

Tres ó cuatro veces había sacado del armario la calavera que el día anterior puso encima de su mesa, y no había cesado de contemplarla.

En cuanto alguno entraba á verle, pues todos cuantos vivían en la fonda aquella estimaban á Leblak y le distinguían con su trato; en cuanto cualquiera abría la puerta de su gabinete, volvía á guardar la cabeza de esqueleto en el armario, mientras el recién llegado murmuraba:

—¡Con una calavera! ¡Válgame Dios! ¡Pues no tiene usted mala diversion! ¡Entretenerse mirando una calavera! Y digo esto porque tengo la seguridad de que ahora no estaba usted estudiando nada en ella; estaba Vd. sonriéndose, no me equivoco... ¡Vive Dios que no encuentro nada risible en ese resto humano, como no sea que haya adivinado Vd. que es la calavera de algun payaso! Francamente, no lo comprendo.

Leblak esquivaba toda conversacion sobre la calavera y se ponía á hablar de cualquier otro asunto, de política, de filosofía, de cuestiones de oportunidad.

No serían aun las tres, cuando su criado le anunció que una vieja preguntaba por él.

—Que pase en seguida, dijo Leblak.

A los pocos minutos apareció en el dintel de la puerta la tía Basilia.

—Entre Vd., entre Vd.

—Al toro por las astas y al hombre por la palabra; ¡se me figura que me explico!

—Sí, señora; ya lo veo, dijo Leblak no pudiendo contener una sonrisa; observo que no es Vd. amiga de perder el tiempo.

—Eso nunca, ya lo ve Vd.; hago siempre cuanto prometo; y si esa gestera de Emilia no me cumple lo que ha dicho, Vd. tendrá ocasion de saber lo que yo soy; ¡pues buena es la niña! Pero, en fin, dejemos esto; aquí estoy por más dinero, que por mucho pan nunca es mal año; ¡vaya! ¿Pues cómo mejor lo habia de emplear esa mozuela que manteniendo á su tia?

—Con que, vamos á ver, siéntese Vd., que tenemos que hablar algunas cosas.

—¿Hablar? Bueno; por lo visto es Vd. amigo de *palique*. ¿Qué es lo que se ofrece?

—Debo manifestarle á Vd. que Emilia está dispuesta por completo á favorecerla en todo lo que pueda, y debo tambien reprenderla á Vd. por el modo que tuvo ayer de tratarla cuando la encontró en la escalera; ya ve Vd. que palabras como las que Vd. usó delante de la gente, y luego tratándose de una jóven sensible como ella es, fina, un poco educada; confiese Vd. que no tuvo razon.

—¿Qué no la tuve? En fin, mejor es callar, pues que usted se aviene á todo; vamos á ver, ¿y Vd. podrá decirme qué es lo que tiene que ver con Emilia?

—¡Pues no he de tener que ver! ¡Ya lo creo!

—¿Cómo! ¿Vd. sabe quién es?

—Soy de su familia.

—¿De su familia! Eso sí que no es verdad; ¡si sabré yo qué familia es la suya!

—En fin, cuando yo me tomo interés en el asunto por algo será. Dígame Vd., señora, ¿está Vd. dispuesta á darme una explicacion de ciertas palabras que dirigió á su sobrina ayer tarde al salir de aquí?

—No sé qué palabras son esas; en fin, dígame Vd., hablando se entiende la gente.

—Pues Vd. llegó á decirlo, tal vez en medio del calor que la dominaba, que ni aun hija de su padre era; como Vd. podrá comprender, eso la ha ofendido, y unida esa circunstancia á la de no haber conocido Emilia á su madre, ni haber tenido de ella noticia ninguna jamás, ¡figúrese Vd. si le habrán hecho pensar semejantes frases!

—¡Vaya! Cuando dice Vd. eso, señal de que no sabe el *intrínquilis* que hay en ello; ya sabe Emilia que tengo una carta que le interesa mucho, pero no se la daré; ¡pues aunque fuera tonta!

—¿Una carta! ¿Qué es lo que Vd. dice?

—Sí, una carta; ¿qué le pasa que se pone así? Pues qué, ¿no puedo yo tener una carta?

—Sí; ¡ya lo creo! Es Vd. muy dueña, no digo que no; pero ¿y por qué no le da Vd. á Emilia esa carta?

—¡Toma! ¡Porque no me conviene!

—¿Pues qué clase de papel es ese? ¿Qué cosas dice que usted le da tanta importancia?

—Vaya, vaya; quiere Vd. sonsacarime para decírselo luego á ella; pero no crea que me chupo el dedo; no me sacará una palabra.

—Pero repare Vd., señora, que de nada le sirve á usted una cosa así, y á ella le podia valer acaso de mucho; tal vez en esa carta de que Vd. me está hablando se encierre algun misterio sobre la vida de Emilia.

—Algo hay de eso, sí señor.

—¿Y qué es lo que Vd. quiere lograr con guardarse semejante documento? ¿puede saberse?

—¡Vive Dios que tiene gracia! ¡Tambien es tontería y necedad! ¿Pues qué cree Vd., señor extranjero, que yo soy boba? Mientras yo tenga ese escrito, Emilia está debajo de mí y no tiene más remedio que hacer lo que yo le diga con la esperanza de que se le de algun dia; si yo quisiera le quemaba en un minuto; el romperle era cosa de un abrir y cerrar de ojos. Ya sé yo el por qué se hacen las cosas en este mundo; no hay nada sin segunda intención; cada cosa tiene su razon de sér.

—Figúrese Vd. que Emilia está dispuesta á darle todo cuanto Vd. le pida con tal de que le entregue ese documento; ¿qué hará Vd. entonces?

—Entonces... lo pensaria; ¿pero me lo dará así como así?

—Se lo dará á Vd., siempre que por él le pida una cosa razonable. Vamos á ver; á Vd. le quedarán á lo más seis ú ocho años de vida; ¿no es esto?

—¿Seis ú ocho? ¡Pues no quiere Vd. matarme poco pronto!

—Aunque sean diez.

—¿Diez años? ¡Dios no quiera llevarme del mundo hasta mucho despues de ese plazol

—Pues que, ¿piensa Vd. ser eterna, señora mia?

—No, pero ya ve las agallas que tengo; y en resúmen, ¿á dónde va á parar Vd.?

—A darle por la carta todo cuanto le haga falta para pasar una buena vida durante el tiempo que le resta á Vd. de estar en el mundo.

—Señor extranjero, eso es cosa de entenderse.

—¿Usted daria ese papel por mil duros? ¡Ya sabrá Vd. lo que son mil duros!

—¿Que si le sé? ¡Pues no lo he de saber! No los he visto reunidos, pero algunas veces he soñado que los he de tener antes de que me muera; ¡mil duros! una talega, dicen otros... Viniendo de un golpe no tengo inconveniente en aceptarlos.

—¿Y tiene Vd. la carta en Madrid?

—¿En Madrid? ¡Como que la llevo conmigo á todas partes! ¡Para eso estaba yo, para desprenderme de ella!

—Voy á darle á Vd. ahora mismo los mil duros, señora Basilia.

—Pero ¿habla Vd. en sério?

—Va Vd. á verlos ahora mismo; y Leblak, hablando así, se dirigió hácia un pequeño secreter de madera de ébano con incrustaciones de plata que tenia sobre la chimenea de su habitacion, y abriéndole sacó de él unos cuantos billetes del Banco de España.

—¿Usted conoce los billetes de Banco? preguntó el norteamericano á la vieja.

—Los de doscientos reales y los de mil, sí señor que los conozco.

—Pues voy á dar á Vd. ahora mismo los mil duros en billetes; venga esa carta. Se entiende, con tal que ese papel se refiera á lo que hemos hablado; al misterio de la vida de Emilia.

—Sí, señor, de eso habla, no tenga Vd. cuidado; no da muchos detalles, pero de ello se trata; y puesto que ya me da los mil duros le diré que por medio de ese papel puede Emilia encontrar á cierta persona... En fin, no quiero decir más, que todavía no tengo los mil duros en el bolsillo.

—Tómelos Vd., señora.

Leblak, expresándose así, colocó el mazo de billetes de Banco, despues que los hubo contado, en manos de esta.

—Tome Vd. el papelucho, dijo Basilia; y sin añadir más ni despedirse siquiera, encaminóse hácia la puerta de la habitacion.

Abrió esta mientras Leblak estaba leyendo la carta, sumamente súcia y rota por varios sitios, que la vieja le habia vendido. *

Absorto el doctor en su lectura no hizo caso de que Basilia se marchaba, ni siquiera lanzó una mirada hácia ella á pesar de haberla oido abrir la puerta y alejarse.

En el papel citado leyó Leblak lo siguiente:

«A bordo del bergantin *San Francisco*, costa de Cantabria, dia 14 de Diciembre de 18...

»El capitan Jhon Brum salió de Liverpool hace siete dias con destino á Lisboa, y desde hace treinta y ocho horas la tormenta le ha encerrado en el golfo de Gascuña.

»El bergantin lleva grandes averías; sin embargo, mientras podamos aguantarnos sin ser echados sobre la costa aun hay esperanzas; pero en el momento en que el vendaval nos arroje contra los acantilados que tenemos enfrente, en los que abunda toda la parte de litoral comprendida entre el cabo Villano y la punta del Caballo Blanco, el buque será hecho pedazos.

»Hay averías graves en el casco, pero las mayores están en el aparejo. Vamos perdiendo ya cuatro hombres; unos muertos en la maniobra, otros ahogados.

»Trato de ver si entro en Santander esta noche, pues de esta manera podré realizar casi todo el cargamento que llevo, porque Santander es un puerto de comercio importante;

si entro en la dársena de Castro, lo cual puedo hacer á pesar de la tempestad, pues es el puerto de socorro cuya entrada es más fácil, no se me permitirá la salida mientras no recomponga el bergantin; en esa operacion se pasarán muchos dias y sobrevendrán á mi cargamento grandes perjuicios. Además, no quiero desmentir mi fama como capitan; nunca he perdido ningun barco y no quiero que el *San Francisco* sea el primero. Aun tengo algunas esperanzas.

»En vista de todo lo expuesto y como quiera que hay á bordo una criatura de una señora que llevaba á Lisboa y que ha muerto esta mañana á causa de un golpe que recibió con el balance de la embarcacion, creo prudente enviarla al puerto con dos de mis marineros, que la dejarán donde prometan cuidarla. La señora que murió esta mañana, por las trazas debe ser inglesa.

»Expido esta papeleta para que así conste y para que sepa á qué atenerse la persona caritativa que acoja la criatura á su cuidado; tal vez algun dia con estos datos podrá devolver la niña á su familia.

»El capitan del *San Francisco*,

JHON BRUM.»

CAPITULO XI.

Dos antiguas amigas vuelven á encontrarse.

Desde aquel día fué cada vez mayor el interés con que el norte-americano miraba á la costurera de la calle Mayor.

Comenzaban á extrañarle á esta los cuidados que por ella el doctor se imponía y empezaron á llamarle cada vez más la atención.

Por fin, un día Leblak le dijo que no volviera á interrogarle sobre cuáles eran sus propósitos, que la bastara con que le dijese que se había impuesto un sagrado deber y que al favorecerla en todo cuanto podía estaba cumpliéndole; es más, hasta llegó á hacerla comprender que era él quien le debía á ella algún beneficio.

No concebía Emilia á qué se refería el doctor; sin embargo, créiale demasiado formal para tomar en broma sus palabras.

Hablaron una vez de la señora Basilia, y como fuese que la joven tomó más confianza con el doctor y la franqueza entre ambos llegó á ser ilimitada, Emilia consultó un día con Leblak qué significarían las reticencias de la vieja cuan-

do hablaba de su padre, del marinero que murió prestando socorro á un buque náufrago en las costas de Cantabria.

—Ese misterio, Emilia, está descubierto ya; dijo el doctor.

—¡Descubierto! ¿Qué es lo que dice Vd.? Pues qué, ¿hay algún misterio? ¡Dígamelo Vd., por Dios! ¿Que no esté yo con esta zozobra!

—Sí, Emilia, yo lo sé todo; Vd. no es hija del hombre á quien siempre tuvo por padre, ni tiene que ver nada absolutamente con Basilia.

—¿Pues de quién? ¡Hábleme Vd.! ¡Estoy á oscuras en este asunto! ¡No sé nada! ¡Esa maldita vieja todo me lo ha estado ocultando, y no cabe duda, ella debe saberlo!

—Vd. es americana, Emilia.

—¡Americana! ¡No comprendo! ¡Cómo había de figurarme yo semejante cosa!

—Pues sí, lo es Vd....

—¿Y quiénes son mis padres?

—A eso iba á parar; Vd. ya no tiene padres, Emilia; es Vd. huérfana.

—No acierto... ¡Dios mío! Pero Vd., ¿cómo ha averiguado todas esas cosas?

—Tengo pruebas inequívocas de lo que afirmo.

—Con que huérfana; ¿y está Vd. seguro, señor Leblak? ¡Yo estoy confusa! ¿Qué es esto? ¿Estoy soñando?

—No, no sueña Vd. Sin embargo, de su padre de Vd. no se sabe positivamente que haya muerto, por más que casi puedo asegurarlo, pues desde hace mucho tiempo no he vuelto á saber de él; yo por casualidad he conocido á su familia de Vd.; su madre ha muerto en el mar, cerca del puer-

to donde Vd. pasó la primera edad de su vida; murió la pobre mujer en un naufragio y el capitán del barco hizo que fuese Vd. entregada por dos de sus marineros á un pescador de la costa; ese pescador es el hombre á quien Vd. ha tenido por padre. Aquí está la carta que Basilia le ocultaba á usted; en ella se declara todo eso que yo le digo. Su madre de usted murió muy jóven; fué la infeliz muy desgraciada.

—¡Oh! ¿Más que su hija?

—Acaso, Emilia, acaso. En cuanto á su padre de Vd., fué muy desdichado también.

—¿Cómo se llamaba mi madre?

—Herminia.

—¿Y mi padre?

—Eso no lo sé; ambos la querían á Vd. mucho; figúrese Vd. si no me he de tomar interés en este asunto cuando el destino pone ante mis ojos la felicidad de favorecer á la hija de Herminia. ¡Si Vd. la hubiera conocido! Herminia era una mujer hermosa... Vd. es rica, Emilia; no necesita ni de mí ni de nadie, ni de su trabajo para vivir; yo le prometo arreglar sus asuntos, y á su pasado de amargura seguirá un porvenir de dicha y de esperanza.

Un día vió Emilia entrar al doctor con un bulto cubierto de papeles entre sus manos.

—¿Qué trae Vd. ahí? dijo la jóven viéndole tan ocupado.

—Nada; va Vd. á verlo; y sin decir más, el doctor deslió lo que llevaba y colocó encima del velador donde Emilia estaba trabajando la calavera que solía guardar en el armario de su gabinete.

—¡Dios mio! ¡Qué miedo! exclamó la jóven con alguna repugnancia.

Alfonso estaba delante cuando esto sucedía.

—¿A qué viene eso, doctor? ¡Vive Dios que guarda usted esos pobres huesos humanos como si fuesen joyas!

—Emilia, esta calavera es la de su madre de Vd.

—¿La de mi madre? dijo la jóven conmovida, y sin miedo ninguno la tomó en sus manos y se puso á mirarla como sobre si aquellos huesos blancos pudiese aun percibir una sonrisa.

El día en que esto tenía lugar estaba Emilia arreglando su equipaje para irse á Somorrostro en busca de su hijo.

Ya tenía cuanto dinero le hacía falta y lo tomaba de manos de Leblak sin reparo ninguno, puesto que este la decía que era suyo y que la jóven podía usar de ello por derecho propio.

Naturalmente, desde que se vió con recursos para ello, y sin necesidad de su trabajo diario para vivir, y con el horizonte iluminado por la luz de la dicha que empezaba á brillar delante de sus ojos, comprendió que había llegado la hora de su felicidad y faltábale tiempo para ir en busca del hijo de su alma.

Todo cuanto pasaba llegó á saberse entre los estudiantes de la casa de la *Verruga*, y dábanle á Alfonso bromas sobre ello.

El jóven poeta había llegado á amar á aquella mujer hasta el delirio; pero sin saber por qué, desde el momento mismo en que vió á Emilia rica, poderosa, según el mismo Leblak decía; desde aquel instante en que la sociedad volvía á recibir en sus brazos á aquella mujer que otro día rechazó; desde el punto en que vió que se convertían en aduladores suyos aquellos que más la habían difamado; desde que

su amada se libertó de los brazos de la desgracia y dejó de ser una esclava de la contraria fortuna; desde que ya no necesitó de él para nada; desde que la vió tender las alas en busca del hijo que habia dejado en Somorrostro, y por quien estaba suspirando siempre, sentia que una mano oculta empezaba á separarle de Emilia. Y no era que la amase ménos, no; tal vez la queria más.

La dicha que estaba sintiendo ella se reflejaba en su corazón; encontrábase más gozoso al ver que la ventura desplegabá sus hermosos vergeles á los piés de aquella mujer; pero se separaba; comprendia que la situacion habia variado.

Emilia aprovechó la primera ocasion para irse de Madrid.

Ya habia por entonces diligencias que recorrian casi todo el camino que mediaba entre Madrid y la capital de Vizcaya; ya era más fácil viajar que algun tiempo antes.

Cada dos dias salia una diligencia para el Norte. Fué á tomar asiento en ella y ya no habia más que uno en el cupé.

Leblak y Alfonso la aconsejaron que esperase dos dias é iria con más comodidad, y tal vez Leblak podria acompañarla; la jóven se resistió; parecíale tarde para volar á Somorrostro; además, habia escrito ya á los alcaldes que aquel dia salia de Madrid irremisiblemente y que la esperasen.

Volvieron el doctor y Alfonso á hacerla reflexiones para que se detuviese, pues el tiempo estaba malísimo; el Guadarrama veíase desde Madrid todo cubierto de nieve; el viento helado que recorria las llanuras de Castilla y los picos del puerto podria serle funesto.

No atendió á ninguna razon.

Los últimos dias que vivió en la calle Mayor acercábasele siempre al anochecer, cuando se retiraba, una pobre que

alargaba hácia ella la mano y le pedia limosna; Emilia la daba siempre medio real, dolida por el triste acento de la mendiga.

Sabido es que los pobres acuden á los sitios donde hay coches que parten ó que llegan, é importunan á los viajeros hasta que logran de ellos una limosna.

Emilia habíase tomado tal interés por la pordiosera que le salia al paso en la calle Mayor, que la reconoció el dia en que iba á partir, entre los pobres que se agrupaban al estribo del coche. Nunca la habia visto de dia hasta entonces. Llamóla la atencion con objeto de darla algun socorro, puesto que los dias que iba á pasar fuera se veria privada del medio real que todas las noches la daba al retirarse; pero observó que la mujer no le contestaba.

Volvió á insistir, pues creyó que huiria por vergüenza; la mendiga no respondió tampoco; más bien parecia ocultarse que tratar de acudir.

La hora de la partida se acercaba; los caballos piafaban impacientes. Emilia no se resignaba á marchar sin dar algo á aquella pobre, á la que habia tomado cierto cariño.

Encaminóse hácia ella resueltamente y la tocó en el hombro; conociendo la pobre que ya no habia más remedio que contestar, se volvió hácia Emilia diciendo:

—¡Qué buena eres! ¡Qué gran corazón tienes! ¿No me conoces? ¡Yo soy Julia!

—¡Julia! ¡Horror! ¿Y tú así? ¡Contéstame! ¿Qué es esto?

—¡Al coche! gritaba el mayoral.

—¡Emilia!

—Pero, Julia, ¿y eres tú la que todas las noches me pedias limosna?

—¡Emilia, que la diligencia parte! exclamaban Alfonso y Leblak al mismo tiempo.

Colocó la viajera algunas monedas en mano de su antigua amiga, que no podía contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, y subió al cupé.

Un minuto más y el carruaje hubiera partido dejándola en tierra.

Aun no se habia sentado en su sitio, cuando ya el látigo del mayoral estallaba y las herraduras de los caballos sacaban chispas del empedrado de las calles.

Era el día más frío y más cruel de todo el invierno.

En aquel momento empezaba á granizar.

LIBRO OCTAVO.

VIAJE Y LLEGADA.

CAPITULO PRIMERO.

Tiene una mano oculta lo desconocido.

Dos veces tuvo que detenerse la diligencia en el puerto de Guadarrama: á causa de las grandes nieves que habian caído aquellos días, la carretera estaba casi intransitable.

Pasaban los carruajes por la nieve endurecida, sobre la cual estaba marcado el camino por gruesos pilares en unos sitios, y en otros por altos maderos clavados en hilera para que las caballerías no se inclinasen hácia un lado ú otro y arrojasen á los viajeros al abismo.

Aseguraba el mayoral no haber hecho un viaje con un tiempo tan cruel.

Tenian ya noticia los inquilinos de la diligencia que salió de Madrid de que habia suspendido su viaje al otro lado del puerto la que iba en direccion á la capital.

Cuando aun no habian recorrido más que un pequeño trecho, el mayoral puso en conocimiento de los viajeros que seria prudente pasar la noche en el Escorial; sin embargo, que para que no creyeran que era miedo suyo, él dispuesto estaba á seguir adelante con tal que los señores quisieran.

Este aviso fué dado por el conductor del carruaje en el primer punto de los de parada que habia para ascender á la cumbre.

Echóse á votos sobre si se habia de seguir ó retroceder, acordando todos préviamente conformarse con lo que decidiera la mayoría.

Opinaron diez que sí y diez que no, es decir, hubo empate, de modo que no sabia el mayoral qué hacer.

Entonces se acordaron los que querian continuar de que no habia votado una de las personas que iban en el carruaje. En efecto, faltaba Emilia; en cuanto se enteró de la cuestion votó por continuar.

En su consecuencia los caballos siguieron adelante.

A medida que la noche iba avanzando, el tiempo iba siendo más cruel.

La subida al puerto fué una cosa penosísima; la bajada no lo fué menos, porque tanto peligro tenia ó acaso más.

Las caballerías con frecuencia resbalaban sobre el endurcido suelo helado, y cada vez que se separaban un poco de la línea de altos pilares que marcaban el camino, sentian todos los viajeros un estremecimiento horrible.

Una vez que hubieron salido del puerto ya caminaron algo mejor; no era tan intenso el frio. Habia amanecido hacia media hora.

Aun se divisaba sobre el pico de la sierra, en el sitio en que esta es cortada por la carretera, el leon de piedra que separa las dos Castillas y que se destacaba sobre el pálido cielo como una masa informe.

Algunas horas antes de llegar á Valladolid, y cuando el dia iba aclarando más, comenzáronse á tocar nuevas dificultades para proseguir el viaje.

En los puestos de parada y de relevo de tiro veíanse algunos carruajes detenidos por el mal tiempo, que antes preferian sufrir retraso que exponerse á todos los rigores del temporal, que tan crudo se estaba mostrando.

Admirábanse muchos de que la diligencia que iba de Castilla la Nueva prosiguiese.

A medida que se iba ganando terreno se oian nuevas conversaciones sobre los desastres ocurridos por aquel país; ya se hablaba de un coche volcado sobre la nieve inhospitalaria en un despoblado, cuyos viajeros habian tenido que andar leguas y leguas antes que poder encontrar una aldea donde tomar algun alimento y descansar una noche; ya se hablaba de puentes arrastrados por la corriente del agua; ya de caminantes á caballo que se habian perdido por aquellas extensas soledades cubiertas de una sábana blanca; ya de rios que se habian desbordado...

Por fin oyeron los viajeros que iban desde Madrid que era imposible pasar el Pisuerga, pues habia tenido lugar una inundacion como no se habia visto jamás, y las calles de Valladolid estaban convertidas en canales.

Habia quien aseguraba que por la plaza de la Libertad y las inmediaciones de la catedral se andaba en barcas, y era cierto.

Como era natural, á las inundaciones acompañaban los hundimientos; era preciso detenerse, pues antes de llegar á ninguna parada habia que atravesar dos rios afluyentes al Pisuerga, que tambien se habrian salido de su cáuce y estarían haciendo estragos en sus riberas.

Faltaban aun lo menos siete horas para llegar á Valladolid; el sitio donde la diligencia se encontraba era una casa aislada, cerca de la cual no habia pueblo ninguno, casa donde todos los viajeros podrian dormir y abrigarse aquella noche; se creyó prudente quedarse allí.

Así se hizo.

Pasó otro dia, y este fué tan cruel como el primero.

Por fin se tuvo noticia de que se habian colocado puentes de tablas en dos sitios por donde habia que atravesar la corriente.

Los que tenian prisa por llegar al punto de su destino, agarráronse á aquel recurso para seguir caminando.

Emilia fué una de estas personas.

Sin embargo, hubo entre los viajeros quien tuvo miedo de lo que podia suceder, y se quedó en la casa aislada.

Algun trabajador de las obras que estaban haciéndose en los rios para facilitar el paso á los carruajes, al ver avanzar á la diligencia, decia:

—¡Pues no llevan poca prisa esos señores!

Por fin el coche llegaba ya cerca de uno de los sitios de más peligro; el mayoral, que durante el camino habia ido cantando, costumbre inveterada de todos los mayoresales cuando van de viaje, suspendió su cántico; sin duda su ánimo no estaba para fiestas.

En aquel momento un crujido se sintió debajo del coche;

era una rueda que se habia roto; salió un grito de todas las bocas.

El mayoral, que notó cuanto sucedia, se cogió bien al pescante y nada le pasó; pero el zagal fué á parar á cinco ó seis varas de la diligencia, recibiendo en la cara una herida de bastante consideracion.

Hiciéronse señales á algunos trabajadores encargados del cuidado de la carretera que se hallaban en la orilla del próximo rio, pero nada veian; estaban muy lejos.

Uno de los viajeros sacó una pequeña arma de fuego que tenia en su bolsillo interior y la disparó al aire con objeto de llamar la atencion á aquellos hombres.

El ruido fué tan pequeño, tan sordo, que con dificultad hubiera dejado oirse á cien pasos.

¡Oh desesperacion!

Dentro del coche iban tres señoras desmayadas; una de ellas era Emilia; otra llevaba un niño de pecho, y su angustia era indecible; un chiquillo lloraba y gritaba con todas sus fuerzas, aumentando lo desgarrador del cuadro.

Habia que resignarse á esperar que uno de los viajeros llegara hasta donde estaban los trabajadores y les avisase lo que sucedia.

Esta operacion duró lo ménos una hora.

Llegaron los hombres citados y se comenzó á trabajar; mas podia hacerse bien poco, porque la rueda derecha delantera tenia averías graves; estaba casi completamente destrozada; pues como se pasara mucho tiempo sin que se acudiese á reparar el siniestro y aun siguiera todo el peso del carruaje sobre dicha rueda, una vez rota, el daño fué haciéndose mayor.

En aquella hora que siguió quedó completamente la rueda hecha pedazos.

De la última parada que quedaba atrás, llegó, cuando ya la noche iba á caer, un carruaje de socorro; en él entraron los viajeros y se volvieron; Emilia se acordó entonces de los consejos que le dieron Alfonso y Leblak al partir de Madrid, de su oposicion á que tomara el asiento que aun estaba vacante en la diligencia.

Cuantas noticias fueron llegando durante los tres ó cuatro dias sucesivos, iban siendo más alarmantes.

La inundacion de Castilla la Vieja era cada vez más imponente; los desastres que habia causado eran ya numerosísimos.

Se relataban con pavor detalles de lo que pasaba; hasta para hacer circular el correo se tocaban grandísimos inconvenientes, pues por muchos sitios tenia que hacerlo un hombre solo.

Por fin, á los diez dias de haber salido de la capital de España Emilia entraba en Valladolid.

Informóse del estado del camino al otro lado de la poblacion, es decir, hácia el Norte, y las noticias que le dieron eran más desesperadoras que lo habian sido las que tuvo antes de llegar á Valladolid.

La antigua córte de Castilla estaba hecha un lago; por muchas de sus calles andaban las barcas como las góndolas por Venecia.

Desde Valladolid escribió Emilia al doctor y esperó contestacion suya; díjole cuánta razon tuvieron en aconsejarla que no se pusiera en camino con un tiempo tan malo, pero que ya no habia más remedio que continuar, porque al fin

y al cabo, á ella aquellas penalidades no le importaban nada con tal que le halagara la idea de volver á estrechar entre sus brazos á su hijo.

Permaneció en Valladolid nueve dias, que fué casi todo el tiempo que habia hecho falta para que la respuesta de Leblak llegara á sus manos.

En la fonda donde se hospedó habia algunos jóvenes, varios de los cuales eran de Madrid, ó por lo ménos tenian en la córte muchas relaciones.

En la mesa, Madrid era su conversacion favorita; algunos de ellos debian ser un poco calaveras, pues decian conocer á todos los que gozaban por entonces en la capital de España fama de tales.

Conocian á Eloy, á Heliodoro, á Alberto, á Julio; y Emilia, como es natural, fijaba su atencion en lo que se hablaba, con tal de enterarse de ciertas hazañas de Heliodoro y de Alberto, muy de su carácter, y que ponian delante de sus ojos toda la perversidad de que eran capaces aquellos hombres.

De todos modos, justo era que le interesase cuanto de ellos se hablaba; á unos los conocia personalmente y á otros de oidas, puesto que Alfonso se rozó con alguno de ellos.

Sobre todo, fijábase más en las palabras que se referian á Alberto.

Por las cosas que de él se contaban no debia ser otro que el amante que en otro tiempo tuvo y que tan miserablemente la engañó.

Entonces fué cuando empezó á sospechar una cosa, y esta cosa era que dicho Alberto debia ser el que aquel invierno estuvo figurando como empresario del teatro del Príncipe, con quien Alfonso habia tenido que tratarse con motivo de

la clase de trabajos á que se entregaba para poder vivir.

Oyó de labios de aquellos jóvenes alegres la historia de su misma deshonra, la iniquidad de que ella habia sido víctima. El detalle de haber jugado la llave con que abria la puerta de la habitacion de la jóven para ir á visitarla, era comentado entre grandes risotadas por los comensales.

Aquellas heridas le llegaban al alma á la pobre Emilia.

¿Cómo habian de figurarse los que de semejantes cosas hablaban que estaba á su lado la mujer que fué víctima de aquella infamia?

Acabó de convencerse, como si ya no lo estuviera bastante por la accion que con ella habia cometido, de la pequeñez de miras, del móvil raquíptico que á Alberto le guiaba en todos sus actos.

Cuantas heroicidades de él se referian eran por el estilo.

De lo que más hablaban los jóvenes era de un lance que le habia acaecido últimamente á Alberto.

Estuvo todo aquel invierno sirviendo de pantalla, por decirlo así, á un especulador, figurando como empresario del teatro. Con este motivo dábase gran tono, y como quiera que manejase algunas cantidades, gastaba en grande, pues no era siempre eficaz la vigilancia del verdadero especulador. La empresa acabó mal; se arruinó por completo.

Naturalmente, empezaron á llover sobre Alberto infinidad de obligaciones; pero como jamás tuvo nada ni fué dueño nunca de bien alguno conocido, todos los acreedores quedaron iguales, sin cobrar ni un céntimo de lo que les correspondia. Alberto desapareció de la vida pública; tomó uno de aquellos desconocidos senderos por donde solia perderse de vista cuando llegaban ciertos casos de apuro.

Habíasele conocido en un tiempo jugador de oficio; más tarde, director de una Sociedad de crédito, nominada *La Confianza*, donde nuestro héroe se rió en grande de los que la depositaban en él.

En otra época aseguraba vivir á costa de la masonería y hacia viajes; unas veces se le encontraba en Valencia, otras en Córdoba, otras en Barcelona, otras en Madrid, otras en Sevilla.

Fué tambien periodista; habíase visto complicado en un proceso contra unos salteadores de caminos.

Sabia algo de canto, lo cual probaba que algun tiempo vivió con el producto de su habilidad artística.

El invierno á que nos referimos fué el mejor periodo de su vida; encontrábase en su apogeo; tenia importancia, tenia dinero, tenia posicion, era respetado por algunos, adulado por muchos, y tuvo la satisfaccion de ver arrodillarse alrededor suyo á todas las eminencias del arte dramático y á los autores de más nombradía, que iban á buscar vergonzantemente en él una proteccion. Apenas sucedió la catástrofe de la quiebra de la empresa, Alberto volvió á desaparecer de la escena pública, y segun los jóvenes de la fonda, nadie era capaz de dar razon de su paradero; no habia ninguna huella por la que pudiera asegurarse que estaba en España ó que habia huido al extranjero ó á Ultramar.

Por fin llegó para Emilia el momento de seguir adelante, pues parecia que el tiempo empezaba á mejorar un poco.

En el camino que media entre Valladolid y Búrgos, las dos antiguas capitales de Castilla, nuevos obstáculos volvieron á entorpecer la marcha de la diligencia en que iba la

jóven. La temperatura era de lo más fría que imaginarse puede. Todo el camino seguía cubierto de nieve; hacia más de diez días lo estaba.

En algunos de los pueblos por donde atravesaba el carruaje extrañábanse de que aquel siguiera adelante. Era el único que se arriesgaba á semejante cosa.

—¡Gran prisa deberán tener por llegar á Búrgos! decían los aldeanos al ver pasar bajo sus ventanas al coche y alejarse por el lado opuesto á aquél por donde aparecía.

Algun tiempo antes de llegar á Búrgos hubo que retirar una caballería enferma, quedando el tiro incompleto.

Emilia llegó á Búrgos un poco mala, acometióle una tos horrible. No hizo caso al principio de ello, pero cuando se trató de volver á reanudar el viaje á las pocas horas de llegar á dicha ciudad, ya comprendió que aquel accidente podría llegar á serle funesto; sin embargo, la ansiedad por ver á su hijo iba devorándola más cada vez.

Pensó quedarse en el primer pueblo de alguna importancia que se encontrara al paso, pero cuando llegó á él varió de opinion.

—Es muy posible que el mal tiempo continúe, se dijo, y siguió el viaje.

Al pasar el Ebro, como quiera que el puente no estuviera muy seguro ó por lo menos no fuese de la entera confianza del mayoral, hubo que pasar el equipaje aparte á la otra orilla. Con motivo de tal novedad, la maleta de Emilia se perdió; no tuvo más remedio que renunciar á ella, puesto que desde un principio manifestó el mayoral á todos los viajeros que tendrían que exponerse á sufrir las pérdidas y contratiempos que se ocasionaran.

A lo mejor había que vadear un arroyo más hondo de lo que se creía y atravesar una corriente más impetuosa de lo que los viajeros se figuraban.

Al cabo, después de tantos inconvenientes, llegó el coche á Bilbao.

La pobre Emilia iba destrozada; casi todo el dinero que había sacado de Madrid lo había gastado en el camino, pues nunca creyó que su viaje fuera tan dificultoso y de tanto gasto.

Pudo muy bien detenerse en la capital de Vizcaya y tratar de arreglar algo sus vestidos y de componerse un poco antes de presentarse en casa de José María en busca de su hijo; pero el tiempo le faltaba, y entró inmediatamente en un coche que en aquel instante salía para Somorrostro.

Llovia en aquellos valles de una manera espantosa. Parecía que se iban á inundar con el agua del cielo.

Sucedióle al entrar en el coche lo mismo que en Madrid, que no había más que un asiento desocupado; pero ¡oh dolor! aquel asiento ni aun de cupé era, que el coche no tenía cupé; solo llevaba una banqueta descubierta sobre el pescante.

Como el viaje era muy corto, Emilia no reparó en lo malo del sitio que había adquirido.

Colocóse en él sin reflexionar y vió con gozo cómo los caballos arrancaban arrastrando tras de sí al vehículo.

Cuando el carruaje llegó á Somorrostro empezaba á anochecer; iba toda calada; sentía el frío y la humedad hasta en la médula de los huesos.

Su aspecto era horrible; sus vestidos rotos y sucios; su semblante demacrado, azotado por el viento, la nieve, la

llovía y la noche; la ansiedad impresa en el gesto de su semblante, sola, sin equipaje de ningún género; en medio de todo esto sonriendo como si fuera á encontrar á dos pasos una felicidad soñada...

Así corrió hácia la casa de José María, que no estaba muy lejos del lugar donde había parado la diligencia.

Entró en el edificio gritando:

—¡Señor José María! ¡Señora Rafaela! ¿Dónde andan ustedes? ¡Yo soy Emilia! ¿Y mi hijo dónde está? ¡Mi hijo! ¡Yo quiero ver á mi hijo!

A nadie encontró al paso, así es que se dirigió rápida hácia las habitaciones interiores. Subió al primer piso, y al fin oyó una voz apagada y enronquecida que salía del fondo oscuro de un gabinete.

—¿Quién anda por ahí?

Emilia reconoció en aquel acento el del alcalde.

—Qué, ¿no se me conoce ya? ¡Yo soy Emilia! ¡Ya estoy junto á Vds.! ¿Y mi hijo? ¿Y mi hijo?

Y la jóven avanzó hácia su interlocutor, que estaba apoyado sobre una de las paredes, lleno de abatimiento y con la mirada fija en el suelo.

José María no manifestó conmoverse á la entrada de la jóven; permaneció en la misma actitud en que estaba; cualquiera hubiera dicho que era una estatua de hielo, y mucho más al ver perfilarse sobre la luz del relámpago, que se distinguía á través de la ventana, los inmóviles perfiles de su cabeza y de sus hombros.

—¿Pero qué es esto? ¿Qué sucede? ¿Cómo es que no me dice Vd. nada? ¿Cómo no corre hácia mí con los brazos abiertos? ¡Yo soy Emilia!

José María continuó guardando silencio.

Cogióle de un brazo, le sacudió suavemente para ver si volvía en sí, y llena de temor volvió á decir:

—¡Pero no me contesta! ¡Dios mío! ¡Esto significa que ha pasado una desgracia en esta casa! ¿Qué ha sido? ¿No me lo quiere Vd. decir? ¿Y Rafaela?

José María hizo con la mano un gesto casi imperceptible, señalando hácia la puerta de la habitación.

Miró Emilia hácia allí y vió entrar á Rafaela deshecha en llanto.

—¡Rafaela! exclamó Emilia echándose en sus brazos; ¡á mi hijo le ha sucedido alguna cosa! ¡Vds. me lo están ocultando! ¡El corazón me lo dice!

—¡Ah! exclamó Rafaela al encontrarse con Emilia delante; lanzó un grito, pero este grito no fué de satisfacción, sino de terror...

Su vista en seguida vagó extraviada, una rigidez nerviosa se apoderó de todos sus músculos, casi se sintió sin aliento para continuar de pié; así es que Emilia, que fué la que al principio se echó en sus brazos, tuvo que convertirse en sostenedora suya; tuvo que aguantar el peso de su cuerpo, que casi sin conocimiento caía al suelo.

—¡Por Dios! ¿Qué ha sido? ¡Díganmelo! ¡Ya estoy dispuesta á todo! ¡Ya sé que no he nacido para ser dichosa! ¿Y mi hijo?

—¡Nos le han robado! gritó Rafaela haciendo esfuerzos para contener su emoción.

—¡Ah! ¡Horror! gritó Emilia, y cayó al suelo.

CAPITULO II.

La primera caridad.

¡Emilia! ¡Carolina! ¡Estrella!

Hé ahí tres mujeres; hé ahí tres caídas...

La una, Emilia, cae por la miseria; la otra, Carolina, cae por la calumnia; la tercera, Estrella, cae por la seducción.

¡Oh! ¡Cuánto ángel lleno de virtud y de pureza ha manchado sus alas con el cieno del mundo al posarse sobre esta tierra miserable!

El mundo cruel, en lugar de verter una lágrima ante esa desgracia, ante ese triste descendimiento del ángel hasta convertirse en mujer, en lugar de darle su mano para servirle de consuelo en esta vida, se goza en martirizarle, se aparta de él, torna sus ojos á otro lado con repugnancia y al infortunio le llama deshonor.

Toda honra está en lucha perpétua, interminable, con la sociedad; siempre que los hombres se acuerdan de que existe una, no es más que para abrir abismos alrededor suyo; para idear las caídas posibles y tratar de realizarlas.

Un gran escritor ha dicho: «Hay algo más terrible que el abandono del hombre: el abandono de la mujer.»

¡Ella...! ¡La parte más débil de la sociedad! ¡Y es aquella á quien se exigen mayores sacrificios! Y que al caer no cae sola, sino que arrastra en su curso funesto al hombre á quien está ligada, sea con el lazo que quiera.

Ni aun se tiene con la mujer ese respeto que se tiene al débil.

¿De quién es la culpa de tantas caídas fatales? ¿La tiene la mujer acaso? ¡Nunca! ¡La tiene la sociedad en que vivimos, la tienen estas costumbres, estos hábitos de mofarse de todo aquello que es virtuoso y puro y de acatar todo cuanto es infame y villano con tal que predomine!

¡Ay de la que da un paso en el camino de la perdición! Esa senda conduce á un abismo, pero á un abismo oscuro y profundo como ningún otro. ¡Y es imposible volver atrás!

Solo los pensamientos miserables son los que pueden imaginar muchas veces que la prostitución del cuerpo lleva consigo la prostitución del alma. Si bien Estrella se rindió á los halagos del mundo y sin conciencia de lo que hacia llegó á ser una extraviada, Emilia continuó siendo un ángel.

¿Qué importa que una traición aleve la arrebatase lo que los hombres llaman pureza? Pues qué, ¿no es puro su amor hacia el hijo de sus entrañas? ¿No es pura la pasión que siente hacia Alfonso, á pesar de que comprende que un abismo la separa de él? ¿No es mártir al creerse indigna de un mundo cien veces más miserable que ella?

¡Ay! ¡Le teme, como al gavilán teme la paloma!

Carolina es la virtud misma; ama, ve la felicidad ante sus ojos, contempla la dicha cómo se acerca hacia ella con los brazos abiertos, y como ve que aquellos halagos son falsos y aquellas palabras de su amante son traidoras, le re-

chaza y renuncia á su felicidad; ¡prefiere ser mártir á impura! El mundo paga su heroismo con la calumnia.

Escucha las palabras que zumban en torno de sus oídos y las desprecia, y por más que duden de su virtud, ella no se arredra, sigue siendo virtuosa para sí misma, por la satisfacción de serlo. ¡Y también ante el mundo ha caído!

¡La calumnia, la seducción y la miseria! ¡Oh terribles monstruos, que nunca os saciais de víctimas! ¡Oh fatalidades, que perpétuamente estais pesando sobre la mujer!

¡Cuántas honras así heridas, y sin embargo, muertas!

¡Cuántas almas buenas, y sin embargo, caídas entre el lodo! Pero no, no caen; suben al cielo.

¡No troqueis la lágrima en hiel!

¡No convirtais la sombra en noche!

¡Curad; no mateis por acortar una agonía!

No hay manchas indelebles.

En cuanto á la calumnia, no temais tanto ignorar una posible falta como dudar de una virtud que existe.

Si esa falta cometida creéis que os afrenta, no seais rencorosos con el más débil.

La del perdón es la primera caridad...

¡Oh dolor! ¡Es la caridad que el mundo menos comprende!

CAPITULO III.

Los saltimbanquis.

¿Qué fué del hijo de Emilia?

¿Cómo desapareció?

Es el caso que dos días antes de llegar Emilia detuviéronse en Somorrostro unos saltimbanquis que andaban de pueblo en pueblo divirtiéndose á la gente con sus habilidades.

Como es natural, cuando tiene lugar en las aldeas un acontecimiento semejante, todos los chiquillos, todas las mujeres que andan paseando á sus niños de pecho, respirando el puro aire de los campos, se acercan al lugar que los saltimbanquis eligen para hacer sus difíciles ejercicios.

Todo el pueblo de Somorrostro estaba en movimiento con la presencia de los hombres aquellos.

La nodriza, que, como ya sabemos, estaba encargada del cuidado del niño de Emilia por los alcaldes, era una de las personas que formaban el círculo que alrededor de los titiriteros se hizo al anochecer de aquel mismo día en que Emilia llegó.

Como quiera que después que hubiese anochecido notaron

los alcaldes que la nodriza tardaba en volver á casa, trataron de informarse dónde se hallaba y cuál era la causa de que tardase tanto, y se encontraron con un acontecimiento que les llenó de desesperacion.

Segun la relacion de las gentes del pueblo, los saltimbanquis habian asesinado á la buena mujer á cuyo cuidado estaba el niño de la forastera, y la criatura habia sido robada.

No acababan de explicarse cómo aquello habia tenido lugar; solo un vecino aseguró haber visto desde la ventana de su casa entre la confusa luz del crepúsculo á dos de los volatineros transeuntes cogiendo á la nodriza y tapándola la boca con un pañuelo; luego uno de ellos hirióla de una puñalada, y montando dos caballos que llevaban y que tenian preparados cerca del lugar del suceso, desaparecieron con el niño en brazos.

Tenia aquella relacion todos los visos de una fábula, de un cuento de niños; pero acudieron los vecinos al lugar que aquel hombre indicó, y se encontraron, en efecto, con la mujer muerta.

Siguiéronse las pisadas de las caballerías, pero como la noche cerraba y aquellas se dirigieron hácia el interior del valle, que todo es bosque, fué imposible seguir adelante la ruta de los asesinos.

No acababan los alcaldes de explicarse qué significaba aquello; pero en seguida comprendieron que en la vida de Emilia habia algun misterio, y que aquel misterio estaba enlazado con la desaparicion del niño; no pudieron contener la emocion.

—¿Y qué hacer, decia Rafaela, cuando esa jóven nos pida su hijo? ¿Cómo es que debiendo haber llegado aquí hace tan-

tos dias, todavía no ha parecido? Ese es otro misterio, pero más vale que no haya venido; estarán malos los caminos y por eso se retrasará su llegada. ¡Es muy posible que mientras viene podamos recobrar á esa criatura!

—¡Oh! Esta misma noche he de revolverlo todo; hay que avisar á los pueblos cercanos; lo pondré en conocimiento del gobernador; esto no ha de quedar así; esos malvados han de caer en mis manos; ¿y qué dirá Emilia cuando venga y se encuentre con que su hijo no está, con que se le han arrebatado de tal manera? ¡Y yo el causante de todo, que tuve empeño en retener al niño! ¡Pobre de mí! ¡Pobre Emilia!

—¿Y qué vamos á hacer? exclamó Rafaela llena de angustia.

—No dormir, no descansar hasta dar con esa criatura.

Así hablaban cuando llegó la diligencia.

Sintieron un frio de muerte en el corazon.

José María se asomó á la ventana, y al ver á Emilia bajar de la banqueta no supo lo que pasaba por él.

Quando Emilia penetró en la habitacion y vió al alcalde, este ni fuerzas tenia para hablar; cuando por fin Rafaela vió á Emilia en sus brazos, el cuadro no pudo ser más desgarrador.

Se empezó en seguida á trabajar.

Se preguntó á las gentes del campo, se avisó á las aldeas inmediatas, se puso en conocimiento de las autoridades de la capital... No se logró averiguar nada; ni aun conocer el rumbo que aquellos hombres tomaron una vez en la espesura. Todo el valle se alarmó. No hubo vecino de aquellas cercanías que no se pusiera en movimiento.

José María no descansaba.

La escena fué aun más horrible cuando Emilia volvió en sí, y recorría desconsolada las calles del pueblo, pidiendo con gritos desesperados que no se descansase hasta recóbrar al niño.

Armáronse partidas, que marcharon en diversas direcciones hácia las montañas; volvieron sin haber conseguido ninguna cosa.

¡Oh! ¿Qué significaba aquello?

¡Pobre madre!

Después de un viaje como el que había llevado á cabo, erizado de dificultades, lleno de peligros, se encontraba con que al llegar gozosa al sitio donde la esperaba la dicha, recibía un golpe que hería mortalmente su corazón...

¡Ella, que daba por bien empleados todos los disgustos, todas las molestias, todas las contrariedades de un viaje semejante, encontrarse con que aquella cadena de desgracias terminaba en un eslabón fatal, más terrible que todos los que uno á uno había ido recorriendo!

Aquel viaje no fué más que un sarcasmo.

Sufría Emilia como debe sufrir aquel que, acercando poco á poco á su boca entre mil trabajos la copa de la dicha, hallara en el fondo de aquella copa un veneno que acabaría con él entre bárbaro tormento...

Alguien parecía divertirse con la infeliz mujer.

¿Qué sucedió después? ¿Y el hijo de la infortunada mujer?

No habían pasado aun tres ó cuatro años desde aquel suceso cuando recorrían las aldeas de Castilla unos saltimbanquis con un robusto niño, que hacía las más maravillosas habilidades; daba saltos admirables.



LA HONRA DE LA MUJER.



—¡Miren Vds. qué cosas hace el diablo del chico!

—¡Qué hermoso! decían las mujeres al verle.

—¡Oh! ¡Y qué corazón de padres, dedicarle á eso! Puede matarse en cualquiera de los saltos que dá, añadian algunos otros.

—De seguro que no tiene padres cuando le dejan hacer eso.

—Puede ser que acierte Vd., amiga mia.

Algunos más indiferentes solían decir:

—¡No trabaja mal para ser tan pequeño!

Varias veces oyó el niño exclamar en torno suyo:

—¡Miren Vds. qué cosas hace el diablo del chico!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

Afrenta sobre afrenta.

	Páginas.
CAPÍTULO I. ¿Cuál era su delito?	5
II. Viaje de recreo..	14
III. Niñerías..	25
IV. Palabras de sobremesa.	31
V. Curiosidad fundada..	40
VI. Dos corazones que se comprenden.	46
VII. Una aurora con nubes.	52
VIII. Continúa la historia de Emilia.	65
IX. Los viajeros de la berlina.	76
X. Una mujer puesta al azar.	97
XI. Confidencias con la noche.	110
XII. Un niño en cuestion.	116
XIII. José María entregado á sí mismo.	121
XIV. Los elementos la amenazan tambien.	127
XV. Algunas palabras sobre el indiano del valle.	136
XVI. La viajera importuna..	145

XVII. Lo que son capaces de pensar los miserables.	153
--	-----

LIBRO SEGUNDO.

Las heces de la amargura.

CAPÍTULO I. El mal varía de fase.	167
II. Las muchachas por este estilo son peli-grosas.	178
III. No es el único que piensa así.	183
IV. Hay caza.	191
V. El verdugo y la víctima.	193
VI. Una carta.	206
VII. El sueño de Emilia es interrumpido.	210
VIII. La inquietud de quien va á obrar mal.	219
IX. Fortuna fué para Emilia que se oyeran sus gritos.	231
X. La regadora de albahacas.	249

LIBRO TERCERO.

Un misterio.

CAPÍTULO I. Los que eran tres ya son dos.	257
II. ¿Qué buscaba aquella vela blanca?	265
III. Lo que solo la luna vió y solo las flores oyeron.	274
IV. Conveniencias del obispado.	280
V. El enigma.	286
VI. ¡Ya está Vd. libre!	296

VII. La autoridad sigue la línea recta.	302
VIII. Los primeros rayos del sol.	315
IX. La bofetada.	336

LIBRO CUARTO.

La madre de los pobres.

CAPÍTULO I. La casa-templo.	341
II. Las leyes se hacen para ser quebrantadas.	352
III. Los huéspedes de doña Protasia.	357
IV. ¿Cómo resignarse á no volar, teniendo alas?	376
V. El peor camino.	385
VI. Sitio donde se pierden las ilusiones.	396
VII. El dinero que recibia Alfonso.	420
VIII. Relámpagos de nueva tempestad.	424
IX. La bajada al abismo paso á paso.	428
X. Cuando pongais en práctica este sistema, elegid las más caras.	438
XI. Aun se podría asistir á una reunion por el estilo.	446
XII. Alegría mezclada con lágrimas.	455
XIII. Conviene saber á quién se da una limosna.	460
XIV. Alfonso más dichoso que Julio.	468
XV. Sin norte.	474
XVI. Las personas sensatas se escandalizan.	478

LIBRO QUINTO.

Lo inesperado.

CAPÍTULO I. Donde se ve que puede ser útil un retrato.	481
II. La curiosidad de Jacinta empieza á produ-	

	Páginas.
cir sus efectos.	485
III. Apenas el astro aparece vuelve á eclipsarse.	489
IV. Casimiro tiene razon.	497
V. Julio está en lo firme.	503
VI. La Providencia interviene.	514

LIBRO SEXTO.

Se les cree felices.

CAPÍTULO I. ¡No les deis la mano!	531
II. El secreto de dos corazones.	537
III. Funcion dedicada á la memoria del difunto.	541
IV. Entrada de un gaban en escena.	556
V. De cómo un gaban puede llegar á convertirse en protagonista de un capítulo de novela.	561
VI. El fin de la fiesta.	569
VII. Lo imprevisto.	582
VIII. Sorpresa.	585
IX. Escrúpulos de conciencia.	604

LIBRO SÉTIMO.

Cambio de suerte.

CAPÍTULO I. Donde se ve partir al buque que en el capítulo anterior nombró el obispo.	609
II. El uno le ofrece una cuerda, el otro le ofrece una esposa.	615

	Páginas.
III. Nueva claridad que vislumbra Estrella.	628
IV. Donde Roberto casi llega á creer injusta á la justicia.	632
V. No se sale de una esclavitud sin entrar en otra.	637
VI. No dejó de ser oportuno el viaje de Heliodoro.	643
VII. Un resto humano que no sabemos de quién será.	647
VIII. ¡a insolencia no respeta nada.	656
IX. Donde una pregunta del doctor causa miedo á Emilia.	661
X. Mil duros por enterarse de los desastres del bergantin <i>San Francisco</i>	670
XI. Dos antiguas amigas vuelven á encontrarse.	678

LIBRO OCTAVO.

Viaje y llegada.

CAPÍTULO I. Tiene una mano oculta lo desconocido.	685
II. La primera caridad.	698
III. Los saltimbanquis.	701

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DE ESTE TOMO.

	Páginas.
El mundo llama deshonra á mi desgracia.	4
¡Pobre hijo mio! Hoy sonries... ¿Sonreirás mañana? . .	11
Era un doctor norte-americano llamado Leblak.	77
¡Qué luz! Es que amanece... ¡Oh! ¿Qué veo?.	218
¡Padre! ¡Vd. me ha perdido!	524
¡Miren Vds. qué cosas hace el diablo del chico!	705